

Instituto de Ciencia Política

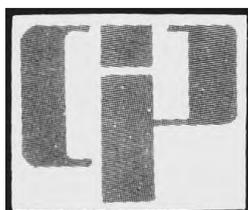
Facultad de Ciencias Sociales

Universidad de la República

Partidos e ideologías políticas en el Uruguay de hoy

Gustavo de Armas
Adolfo Garcé
Jaime Yaffé

Documento de Trabajo N° 33
2002



PARTIDOS E IDEOLOGÍAS POLÍTICAS EN EL URUGUAY DEL SIGLO XX *

Gustavo de Armas Adolfo Garcé Jaime Yaffé

1. Introducción

Hasta hace unos años el estudio de las ideologías partidarias no contaba con muchos adeptos en la Ciencia Política contemporánea. Esto se verificaba tanto entre los expertos en partidos e instituciones políticas como entre los estudiosos de las políticas públicas y de la Economía Política. La situación podía resumirse del modo siguiente: los expertos en políticas públicas no creían en los partidos como actores, aunque sí solían asignar relevancia al poder político de las ideas; mientras tanto, los estudiosos que sí consideraban necesario el estudio de los partidos, no creían pertinente ocuparse de las ideologías partidarias.

Por ello las ideologías partidarias no han sido un objeto de estudio relevante en la producción politológica de la segunda mitad del siglo XX. Los focos de interés de los investigadores estuvieron volcados hacia los actores y sus estrategias, las instituciones políticas (como ámbitos de acción y como reglas que delimitan y condicionan el comportamiento político), y los productos de la acción política (el amplio campo de estudios de las políticas públicas).

Reconociendo que los partidos son el sujeto político principal en las democracias contemporáneas y que sus ideas son una variable explicativa clave para el estudio de su accionar político (electoral y gubernativo), este artículo aborda el estudio de las ideologías de los partidos políticos uruguayos en el siglo XX.

Luego de una sumaria revisión de la trayectoria reciente que ha tenido la consideración de las ideologías en los estudios de la disciplina, y de reseñar el estado de la cuestión en los estudios sobre la política uruguaya, se abordan las trayectorias ideológicas de los tres grandes partidos del sistema político uruguayo contemporáneo: el Partido Colorado, el Partido Nacional y el Frente Amplio.

2. Ideas, partidos y política

2.1. El lugar de los partidos y las ideas en la Ciencia Política contemporánea

Durante muchos años, los enfoques predominantes en la disciplina soslayaron el papel de los partidos políticos. En el ámbito de la Economía Política, fue particularmente notoria esa disminuida consideración del rol de las variables relativas al sistema de partidos y a los partidos mismos en la explicación de la política económica y sus resultados (Boix 1996:23). Después de la segunda posguerra y hasta entrados los años setenta, predominaron los enfoques socioecéntricos. Para pluralistas, marxistas y neocorporativistas, las políticas públicas en general,

* Este texto fue preparado inicialmente para una compilación sobre la política uruguaya en el siglo XX en la que finalmente no fue incluido. La pertinencia del tema y la originalidad del enfoque justifican su publicación por separado en esta serie Documentos de Trabajo del Instituto de Ciencia Política.

Los autores son docentes e investigadores del Instituto de Ciencia Política. Gustavo de Armas es Licenciado en Sociología y Magister en Ciencia Política. Adolfo Garcé es Magister en Ciencia Política. Jaime Yaffé es Profesor de Historia y Licenciado en Ciencia Política.

y la política económica en particular, son la resultante más o menos libre e institucionalizada de la pugna social.

En los ochenta, como ha dicho Skocpol (1989), el "*Estado regresa al primer plano*": las estrategias de los investigadores se centraron en comprender las características estructurales de las agencias estatales. Para estos enfoques, el rumbo de la Economía dependía fundamentalmente del grado de permeabilidad de las estructuras del Estado a la influencia de los especialistas y del poder político de la propia burocracia. En los noventa, el giro neoinstitucionalista puso el acento en el conjunto de instituciones específicas que caracteriza a cada país y que definen la matriz de incentivos que condicionan las estrategias de las empresas. En líneas generales, los abordajes mencionados marginaban a los partidos como actores en el gobierno de la Economía. *Para estos enfoques, las ideas –el conocimiento especializado, los paradigmas de políticas– importan, pero los partidos no.*

Para una parte significativa de la Ciencia Política actual, los partidos políticos son un objeto de estudio especialmente relevante. Dentro de este grupo, una parte importante y muy dinámica de los estudiosos considera que la principal variable independiente del comportamiento político es el diseño institucional. Más o menos explícitamente, esta apuesta a las "reglas de juego" se apoya en los confortables supuestos del enfoque de la elección pública, prolijamente formulados por autores como Geddes (1991): dado que las preferencias sustantivas de los actores políticos no pueden ser conocidas, para explicar la acción política es preciso suponer que los actores persiguen racionalmente sus fines.¹ *En definitiva, para los institucionalistas los partidos importan, pero sus ideas no.*

Atenazado entre estas dos tendencias, el estudio de las ideologías partidarias sobrevivió en algunos trabajos clásicos como *Partidos y Sistemas de Partidos* de Giovanni Sartori (1976), y en algunos debates resonantes como el que se suscitó en los años setenta acerca del impacto de las ideologías partidarias en los niveles de desempleo e inflación. En el enfoque de Sartori, las ideologías de los partidos juegan un papel muy importante en la dinámica política dado que la polarización ideológica y la competencia centrifuga erosionan fuertemente la estabilidad de la democracia. Por otro lado, numerosos especialistas en Economía Política debatieron intensamente acerca de la influencia de la ideología partidaria en la marcha de la economía en general, y en particular, acerca de los niveles de desempleo e inflación.²

En el segundo lustro de los ochenta, algunos estudiosos empezaron a advertir que los partidos y sus ideologías, al menos en ciertos momentos, podían jugar un papel clave. En sucesivos trabajos, Peter Hall (1986; 1989; 1993) mostró que los partidos políticos eran los actores centrales en las coyunturas de cambio de paradigma de política económica, como durante el ascenso del keynesianismo en los treinta y cuarenta o durante el regreso de la ortodoxia liberal, en los ochenta. Paralelamente, retomando el viejo debate acerca del "impacto de los partidos",

Dentro de la escuela *rational choice*, la definición de los fines ha ido variando, desde la rústica propuesta de Downs (1957), hasta la más sofisticada aportada más recientemente por Strom (1990). Para Downs, los políticos buscan ganar elecciones para disfrutar de los beneficios del poder. Para Strom, los políticos se orientan hacia votos, cargos o políticas. Sobre el enfoque de Strom, ver: Chasquetti y Moraes (2000: 319-322).

² Animaron este debate autores como William Nordhaus, Douglas Hibbs, Francis Castles, Alexander Hicks, Edward Tufte, Manfred Schmidt, entre otros. Un panorama escueto de este debate puede leerse en Garcé (2000). Para un análisis más detallado ver José Luis Sáez Lozano, "Claves para interpretar la interdependencia entre economía y política en las democracias de América Latina". *Pensamiento Iberoamericano*, n° 30, 1997.

Alberto Alesina argumentó que los partidos y sus ideologías influyen en el desempeño macroeconómico. Sin embargo, sólo provocarían oscilaciones coyunturales sin afectar el desempeño económico en el largo plazo. (Alesina:1989).

Será, precisamente, un discípulo de Alberto Alesina y Peter Hall en Harvard, el autor que generalice y refuerce la recuperación del papel de los partidos y sus ideologías en el debate teórico en el campo de la Economía Política. En *Partidos políticos, crecimiento e igualdad*,³ Charles Boix realizó una contundente demostración del impacto de los partidos y sus preferencias ideológicas en el gobierno de la economía. Para ello, desplazó la mira analítica desde la macroeconomía hacia las "condiciones estructurales de la economía": "aunque constreñidos por las instituciones domésticas y por la economía internacional en el ámbito de las políticas estrictamente macroeconómicas, gobiernos y partidos cuentan con la autonomía suficiente para afectar los factores productivos o condiciones estructurales de la economía de acuerdo con sus preferencias ideológicas. Los gobiernos socialdemócratas movilizan primordialmente al sector público (...) a fin de reconciliar crecimiento e igualdad. En cambio, los gobiernos conservadores se inclinan por emplear mecanismos de mercado para optimizar las tasas de ahorro y de inversión, y así acelerar la tasa de crecimiento económico" (Boix 1996:43). El "tour de force" de Boix contribuyó a recuperar para el estudio de las ideologías de los partidos el prestigio académico que había ido perdiendo a partir de la posguerra.

En definitiva, actualmente buena parte de los académicos aceptan que para entender la política es imprescindible tomar en cuenta las *instituciones* dentro de las que se desenvuelve (reglas electorales, sistemas de gobierno, estructuras del Estado), los *intereses* de los diversos actores involucrados (partidos políticos, grupos de presión, burocracias públicas, etc) y las *ideas* (valores predominantes, ideologías, paradigmas de política, conocimiento especializado).

2.2. Ideas y partidos en Uruguay

En Uruguay existen escasos antecedentes de estudio de las ideologías de los partidos. Hasta la fecha, no existe ninguna obra (ni libro ni artículo) que proponga una visión global del tema. Hace muchos años, Juan Pivel Devoto anunció la publicación de una *Historia de los partidos y las ideas políticas en Uruguay* en diez tomos. Lamentablemente, de esta serie sólo fue publicado un volumen de los diez anunciados⁴. Muy recientemente, Carlos Pareja ofreció una provocativa mirada global de los partidos uruguayos, que intentaba reconocer matrices perdurables de teoría política diferentes (Pareja 1989). Desafortunadamente, también este emprendimiento quedó trunco. La carencia de trabajos sinópticos ha sido compensada, al menos parcialmente, por diversos aportes. La obra historiográfica de Barrán y Nahum sobre el batllismo y su época⁵ proporciona un volumen importante de información y análisis acerca de los partidos y sus

³ La versión en inglés de esta obra fue premiada como mejor libro de Economía Política por APSA en 1999. Una reseña de este libro puede leerse en Garcé (2000a).

⁴ En este volumen puede verse, sin introducción ni explicación alguna, un "plan de la obra" que incluía diez tomos, de los que nueve apuntaban a cubrir diversos tramos del período 1810-1933, siendo el restante, una "contribución documental". La serie estaba concebida, como lo indica su título, como una historia de los partidos y de sus ideas. De hecho, de los cinco capítulos que componen el único tomo publicado (el tomo 2 que trataba del período 1829-1838) cuatro están dedicados a la trayectoria de blancos y colorados en su período formativo y sólo uno (el capítulo cinco titulado "Ideología social y política"), a sus ideas.

⁵ La serie "Batlle, los estancieros y el imperio británico", 8 volúmenes, publicada por Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, entre 1978 y 1987.

doctrinas. Por otro lado, existen algunos estudios valiosos sobre períodos (por ejemplo, los diversos estudios sobre la época batllista), fracciones (los ensayos sobre el radicalismo blanco, el herrerismo, y el neobatllismo, entre otros) o personalidades (las diversas interpretaciones del pensamiento de José Batlle y Ordóñez, Luis Alberto de Herrera y Carlos Quijano, entre otros)⁶.

La escasez de estudios acerca de las ideologías de los partidos uruguayos, al menos en parte, es la manifestación doméstica de las tendencias generales que reseñamos al principio. Sin embargo, la principal explicación del notorio descuido de los académicos uruguayos del tópico de las tradiciones ideológicas de los partidos es estrictamente doméstica: para los estudiosos de la política uruguaya, éste no ha sido un tema relevante, simplemente porque, en su inmensa mayoría, han sido extraordinariamente severos con los partidos políticos “tradicionales”, es decir con el Partido Colorado y el Partido Nacional: éstos, no habrían sido “verdaderos partidos”, sino coaliciones de fracciones, orientadas en función de intereses particulares de sus “clientes” y reunidas artificialmente por la “tramposa” legislación electoral. Según este enfoque, los partidos tradicionales no tienen ideologías definidas y diferenciadas. Tan profundamente asumido ha estado este punto de vista, que los estudiosos del sistema de partidos han denotado a los otros partidos del sistema (comunistas, socialistas y socialcristianos) como partidos “de ideas”, por oposición, obviamente, a los partidos tradicionales, caracterizados por la debilidad de sus formulaciones programáticas.⁷ La escasez de investigaciones respecto a las ideologías partidarias refleja, en definitiva, la profunda desconfianza de la intelectualidad en los partidos tradicionales.

Con la restauración de la democracia la visión de la intelectualidad respecto a la política uruguaya y sus partidos ha comenzado a cambiar, impulsada por la institucionalización y rápido despegue de la Ciencia Política vernácula. Numerosas investigaciones han problematizado la visión pesimista de la política uruguaya.⁸ Es en este clima revisionista –crítica de la “crítica”, se ha dicho– que se inscribe este artículo.

⁶ Entre los escasos trabajos monográficos acerca de la ideología de los partidos tradicionales cabe mencionar: Ardao, Arturo: *Batlle y Ordóñez; el positivismo jibósifco*, Fondo de Cultura Económica, México, 1951; Carlos Real de Azúa: *Herrera, el nacionalismo agrario*, Enciclopedia Uruguaya, n° 5, Montevideo, 1969; Zubillaga, Carlos: *Las disidencias del tradicionalismo. El radicalismo blanco*, Arca CLAFEL, Montevideo, 1979; Caetano, Gerardo y José Rilla: *El joven Quijano. Izquierda nacional y conciencia crítica (1900-1933)*, EBCO, Montevideo, 1986; Cosse, Gustavo: *El pensamiento político liberal en los partidos tradicionales en Uruguay*, CIEDUR, Montevideo, 1985; Pereira, Gonzalo: *El viaje de la 15*, ed. Gandhi, Montevideo, 1988.

⁷ Un excelente análisis de la visión pesimista de los partidos tradicionales puede leerse en González (1993:43-50). La visión pesimista hunde sus raíces en el siglo XIX. El Partido Colorado y el Partido Nacional se formaron en torno a los caudillos de las guerras de la independencia. La elite ilustrada intentó reiteradamente “civilizar” la “barbarie” caudillista, y fundar la política nacional en bases “modernas”. Desde el principio, los partidos tradicionales fueron estigmatizados por la nascente intelectualidad uruguaya como comunidades reunidas en torno a personas, pasiones, intereses. El juicio crítico de los intelectuales se agudizó después del golpe de Estado de 1933. Para los intelectuales uruguayos, esta fecha marca el comienzo de la “crisis de los partidos tradicionales”. Acerca de la relación de los intelectuales y el poder político en Uruguay puede consultarse Garcé (2000b).

⁸ Para una presentación clásica del sistema de partidos uruguayo, ver Pérez Antón (1984)

⁹ El ejemplo más notorio de esta tendencia hacia la revisión de la visión pesimista propia de la “sabiduría convencional” puede leerse en los diferentes textos que integran *La “segunda” transición en el Uruguay* (Lanzaro 2000). El propio Lanzaro señala esta característica de los trabajos del libro en su “Presentación”, titulada, precisamente, “Contra la corriente”.

Dado que los partidos son, como se ha argumentado con toda razón, los actores centrales de la política uruguaya, el estudio de sus ideologías aporta información muy valiosa para la comprensión de la dinámica política.¹⁰ Precisamente, en este texto se ofrece al lector una introducción al estudio de las ideologías de los partidos políticos uruguayos. El título que hemos elegido está lejos de la inocencia: se trata de una aproximación al estudio del tema que se inscribe en un programa mayor de investigación.

Como se verá en seguida, empleamos el concepto de *ideología* en un sentido amplio que abarca desde los cuerpos doctrinarios definidos y delimitados (generalmente contenidos en los programas de los partidos), hasta ideas o visiones de la problemática política, económica y social mucho más generales. La ideología, definida de este modo, denota tanto la abigarrada doctrina marxista-leninista del Partido Comunista hasta la pragmática y, a menudo, escurridiza doctrina herrerista.

Nuestro trabajo parte de cuatro hipótesis básicas acerca de la relación de los partidos uruguayos con las ideas en el siglo XX. La primera es que todos los partidos uruguayos han sido, a su manera, partidos de ideas, portadores de concepciones e interpretaciones sobre la realidad y la acción política. No obstante ello, la "intensidad ideológica" varía considerablemente entre partidos e, incluso, entre fracciones del mismo partido. Nuestra segunda hipótesis es que la configuración ideológica de los partidos uruguayos ha sido relativamente estable, lo que permite reconocer ciertas matrices o tradiciones ideológicas propias de cada partido. La tercera es que dentro de cada partido pueden alojarse diversas variedades ideológicas. La cuarta y última hipótesis es que la evolución de las ideas de los partidos a lo largo del siglo XX guarda una sintonía importante con los fenómenos internacionales.

El mapa de referencia para estudiar a los partidos uruguayos en el siglo XX desde el punto de vista de sus ideas es el continuo izquierda/derecha universalmente aceptado en los estadios políticos. Las dimensiones concretas que consideramos para estudiar la ideología de cada partido comprenden cuatro aspectos: económica, social, política, internacional. La primera considera la concepción acerca de la relación Estado-Mercado. La segunda refiere a las identificaciones sociales clasistas a través de las que los partidos se conciben a su mismos en la sociedad, moviéndose entre el obrerismo y el empresismo¹¹ como dos extremos posibles en medio de los cuales hay un variado conjunto de posicionamientos policlasistas. La tercera considera la concepción de la política según las prioridades asignadas a la participación y al orden o autoridad. Al mismo tiempo esta dimensión considera también la concepción acerca de la democracia, moviéndose entre el énfasis pluralista y el mayoritario como dos extremos posibles. Por último la cuarta dimensión refiere a las ideas en materia de política internacional, en una gama de concepciones que van desde el nacionalismo hasta el universalismo.

Circa modo, las tres primeras dimensiones permiten ubicar ideológicamente a los partidos en términos de izquierda y derecha: los partidos que ponen mayor énfasis en el rol del estado, en

¹⁰ Recientemente, Carlos Bor, ha realizado una vigorosa contribución a la jerarquización del papel de los partidos en la dinámica política. Ver de este autor, *Partidos políticos, crecimiento e igualdad. Estrategias económicas conservadoras y socialdemócratas en la economía mundial*, Alianza Universidad, Madrid, 1996.

¹¹ Esta denominación no refiere al tipo de relación de los partidos con los sindicatos o las cámaras empresariales, sino exclusivamente al posicionamiento ideológico, las inclinaciones discursivas y las preferencias programáticas de los partidos respecto a empresarios y trabajadores.

la participación ciudadana y en los estratos sociales trabajadores se ubican más a la izquierda que aquellos que priorizan el mercado, el mantenimiento del orden y el respeto a la autoridad y que se identifican prioritariamente con el mundo empresarial. La dimensión internacional no permite hacer las mismas alineaciones ya que corta transversalmente a las otras tres dimensiones permitiendo identificar derechas e izquierdas más o menos nacionalistas o universalistas.

Nuestras unidades de análisis están constituidas por cada uno de los dos partidos tradicionales –Partido Colorado y Partido Nacional– y por el conjunto de los “otros”, los “terceros” del sistema de partidos uruguayo en el siglo XX –Partido Socialista, Partido Comunista y Unión Cívica (Partido Demócrata Cristiano desde 1962). Esta opción –tomar a cada partido como unidad– frente a otras posibles –como la de estructurar el análisis cronológicamente definiendo etapas dentro del siglo como unidades objeto de análisis– se fundamenta en dos de nuestras hipótesis. Si nuestros partidos han sido ideológicamente densos y –sin desmedro de la supervivencia de la diversidad interna– relativamente homogéneos, y si, además, han sido ideológicamente estables a lo largo del siglo, dando por ello lugar a la configuración de matrices que les son propias, entonces las ideas de los partidos en las dimensiones planteadas pueden ser estudiadas tomando a cada uno de ellos como unidad de estudio.

El reconocimiento de la estabilidad, no impide que para cada partido señalemos un itinerario ideológico e identifiquemos periodos que cortan al siglo. Acudir al enfoque diacrónico distinguiendo fases o etapas, es especialmente necesario, como se verá más adelante, en el caso del Partido Colorado dado que, desde el punto de vista ideológico, es el partido que exhibe modificaciones más profundas a lo largo del siglo. De igual forma el señalamiento de la relativa homogeneidad no nos inhibe de dar cuenta de la diversidad interna de los partidos –pasible de analizarse en términos de izquierda y derecha– como una traza también reconocible a lo largo del siglo XX.

3. El Partido Colorado ¹²

Es posible identificar en la trayectoria ideológica del Partido Colorado a lo largo del siglo XX tres grandes fases que han definido, en la larga duración, su identidad como colectividad política: el periodo fundacional de José Batlle y Ordóñez (1856-1929), la etapa del “*neobatllismo*” con Luis Batlle Berres y el llamado “*tercer batllismo*” de la postdictadura. A su vez, podemos divisar dos momentos en los que el partido viró ostensiblemente hacia la derecha: el “*tercerismo*” durante los años treinta y el “*pachequismo*” a fines de la década del sesenta. Del algún modo, podría afirmarse que la historia del Partido Colorado a lo largo del siglo pasado ha estado pautada por una suerte de oscilación o movimiento pendular entre posturas de corte socialdemócrata o estatistas, en alguna medida próximas a un registro ideológico de centroizquierda, y posiciones liberal-conservadoras o de derecha.

3.1 El primer Batllismo (1903-1916): del liberalismo a la democracia-social reformista

La ideología prevaleciente en el Partido Colorado durante el “*primer Batllismo*” ¹³ puede ser definida como liberal-republicana, emparentada en algunos tópicos con el pensamiento

¹² Agradecemos la colaboración de Ernesto Castellanos, quien nos aportó información y documentación histórica del Partido Colorado.

socialista democrático de la época. Si bien el “*primer batllismo*” no se apartó sustancialmente de la tradición liberal de los colorados del siglo XIX, logró incorporar algunas de las tesis en discusión entre los pensadores reformistas de Europa y Estados Unidos¹⁴.

Uno de los rasgos que definieron ideológicamente al “*primer batllismo*”, de acuerdo a la operacionalización del eje izquierda/derecha que hemos propuesto, fue su preocupación por la “*cuestión obrera*”, en un contexto histórico pautado por la tardía consolidación del poder político (de las capacidades coercitivas y administrativas del Estado) y temprana modernización de la sociedad y el aparato estatal en el Uruguay¹⁵. La inclinación obrerista del primer batllismo – expresada entre otros por el dirigente batllista Domingo Arena – no sólo se tradujo en propuestas legislativas de avanzada para la época (la reducción de la jornada laboral, el reconocimiento de los derechos de los trabajadores, etc.), sino también en el discurso de los principales referentes políticos e intelectuales del batllismo. A modo de ejemplo, podemos tomar este pasaje de un artículo periodístico de Batlle y Ordóñez:

*“Lo que entendemos nosotros es que la sociedad (...) debe asegurar a cada uno de sus miembros los medios necesarios de subsistencia (...). El Partido Colorado se ha preocupado vivamente en los últimos tres lustros de realizar este ideal, y su lucha con todas las fuerzas retardatarias de la sociedad, concentradas contra él (...) no le ha impedido crear leyes benefactoras que, reforzadas con otras en proyecto, llegarán a mejorar mucho la situación de la clase proletaria.”*¹⁶

La reivindicación de los derechos de los trabajadores no se presentaba, por cierto, desde una perspectiva de partido clasista (como sí ocurría en Europa con los partidos socialdemócratas, socialistas o laboristas); por el contrario, aparecía como la profundización del ideal liberal-republicano de expandir al máximo los derechos políticos, al tiempo que expresaba una preocupación por la modernización (civilización y secularización) del cuerpo social. La expansión de los derechos sociales de los trabajadores fue de la mano, en el discurso y en la acción política y legislativa del “*primer Batllismo*”, de la universalización de los derechos políticos. En este sentido, se ha señalado que en las dos primeras décadas del siglo XX el sistema político uruguayo construyó una ciudadanía “*integral*”, al reconocer, garantizar y expandir, en forma paralela, los derechos políticos y sociales de los ciudadanos.

Esta inquietud por la cuestión obrera se apoyaba en una resignificación de la tradición liberal-republicana del Partido Colorado; constituía un *aggiornamento* de la misma que incorporaba algunas de las principales aspiraciones del pensamiento y movimiento socialista democrático del momento.

¹⁴ El *batllismo* fue el grupo político que bajo el liderazgo de José Batlle y Ordóñez, protagonizó la renovación del viejo Partido Colorado en el “novecientos”. En tanto esta fracción política ha recorrido todo el siglo XX, se denomina como *primer batllismo* a ese período, a fin de diferenciarlo de otros “momentos batllistas” en la historia del Partido Colorado y del país.

¹⁵ Un claro ejemplo en esta dirección es la asimilación que hizo el batllismo de la obra de Henry George. Sobre este punto se puede consultar: Barrán, José Pedro y Nahum, Benjamin, *Batlle, los estancieros y el imperio británico*, Tomo II, *Un siglo de historia 1903-1910*, Ed. Banda Oriental, Montevideo, 1985, pp.89-102.

¹⁶ Sobre este punto se puede consultar: Panizza, F.L., *Uruguay: Batllismo y después. Pacheco, militar y tupamaro en la crisis del Uruguay batllista*, IBCO, Montevideo, 1990.

¹⁷ “Cuestiones sociales”, en el Diario *El Día*, Montevideo, 17 de junio de 1917.

¹⁸ Véase: Castellanos, Ernesto, “Estado de Bienestar de Partidos”, *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, N°9, Ed. I-CU, Montevideo, 1996.

“La que hemos dicho y repetimos ahora es que la sociedad no se divide en dos clases únicas, la de los explotados y la de los explotadores, enemigas a muerte, y que la oposición entre los que más tienen y los que tienen menos, debese atribuir no, en primer término, al interés egoísta y a la mala fe, sino a la dificultad de precisar fórmulas de arreglo (...) tenemos y tendremos leyes electorales iguales a los países más libres. Y toda la organización social depende de la mayoría. Más aún: un gran partido, el más popular de la República, en el que militan también miles de obreros, ha tomado por su cuenta, hace ya mucho tiempo, la defensa de éstos”¹⁸

Como vemos, el Partido Colorado es presentado en el discurso batllista como un partido popular, de masas, que pretende expresar y representar a todos los sectores de la sociedad civil, no como el típico partido socialdemócrata o laborista europeo.

En relación a otra de las dimensiones que definen el eje derecha-izquierda (el clivaje Estado-mercado), la centralidad del aparato estatal no surgía de concebirlo como un “Estado empresario”, sino como un “Estado Benefactor” y reformador. En el discurso del “primer batllismo” la acción del Estado se orienta a transformar los mecanismos que producen la desigualdad y la pobreza, en especial en el medio rural. En este punto, resulta ineludible la referencia a las ideas del pensador norteamericano Henry George. El batllismo confiaba en que la acción del Estado, mediante una activa política impositiva aplicada a los latifundios, no sólo lograría incrementar la capacidad productiva de la tierra, sino también modernizar al medio rural, mitigando las expresiones lacerantes de la miseria.

En el ideario batllista el Estado debía cumplir, al mismo tiempo, una función arbitral en los conflictos entre sindicatos y empresarios, y un rol de promoción de la integración social; se presentaba como el actor dedicado a garantizar la cohesión social en tiempos mundiales signados por la “lucha de clases”. En esta dirección, este pasaje de Domingo Arena nos permite observar claramente la visión del batllismo al respecto:

“Una de las grandes finalidades que buscaba Batlle en el ensanche siempre creciente del dominio industrial del Estado, era el mejoramiento, directo e indirecto a la vez, de la clase trabajadora, que siempre contó con su marcada predilección. Como entendía que el Estado debía ser el patrón ideal, tanto por su trato como por su remuneración, esperaba que los que trabajaban con los entes autónomos, no sólo fueran los mejor pagados, sino que gozaran de una justa participación en los rendimientos. Le parecía lógico que éstos, que son el fruto obligado del capital aportado por todos y el esfuerzo directo de los que trabajan, se dividieran equitativamente entre el uno y los otros (...) esperaba que creando positivos focos de bienestar colectivo (...) se fuesen humanizando poco a poco las relaciones entre el capital y el trabajo en todo nuestro territorio”¹⁹

Con relación a la dimensión participación *versus* autoridad, el “primer batllismo” se caracterizó por una marcada preocupación por la acción ciudadana canalizada a través de las estructuras partidarias. Con este objetivo, el batllismo concibió al club político como ámbito privilegiado, centro de referencia para los votantes y base para la construcción de la vida partidaria. El componente republicano –participacionista– del primer batllismo se revela también, entre

¹⁸ Batlle y Ordóñez, José, “Cuestiones sociales. No hay lugar para el odio”, en el Diario *El Día*, Montevideo, 5 de junio de 1917.

¹⁹ Arena, Domingo, Prólogo al libro *El Batllismo y el problema de los combustibles* (Batlle Berres, Luis), Ed. Imprenta nacional colorada, Montevideo, 1931.

otros aspectos, en su inquietud por la profesionalización de la actividad política, la construcción de una dinámica vida partidaria, la expansión de la educación y la afirmación de los derechos de las mujeres.

Podría afirmarse, en suma, que el primer batllismo se presenta, en los tres clivajes que hemos propuesto para ordenar a los actores partidarios en el eje derecha-izquierda, como un pensamiento próximo a la izquierda (estatista/obrerista/participacionista). De esta forma, el batllismo, en tanto fracción mayoritaria del Partido Colorado, logró permear al partido con un pensamiento que lo llevó a ocupar el flanco izquierdo del tradicional bipartidismo protagonizado por blancos y colorados. Desde luego, a pesar del peso de las ideas del batllismo dentro del partido, resulta imposible dejar de reconocer el lugar que ocuparon los sectores más conservadores. En este sentido, el "alto" de Viera en 1916²¹ y la fase posterior a su Presidencia (1915-1919), es decir en la década del veinte –la "república conservadora"–, representó una suerte de "freno" al "impulso" reformista, democrático-radical, del primer batllismo. De todos modos, y aunque la expresión "primer batllismo" designa solamente el período 1903-1916, en la perspectiva del largo plazo las primeras tres décadas del siglo revelan la influencia del ideario batllista – republicano, democrático-radical y, en alguna medida, socialista– no sólo sobre el Partido Colorado, sino también –merced a su relación especular con los blancos y, en particular, con Herrera– en el conjunto del sistema político.

3.2 Primer viraje a la derecha: el terrismo (1933-1942)

Tras la muerte de José Batlle y Ordóñez en 1929, el ascenso político de Terra²¹ y el golpe de Estado del 31 de marzo de 1933, se inicia una etapa de redefinición ideológica del Partido Colorado, pautada por el cambio en la correlación de fuerzas interna entre los sectores reformistas –herederos del legado del primer batllismo– y los conservadores. Sobre 1930 el partido albergaba a tres sectores de corte netamente conservador: los "menestas"²² comandados por Pedro Manini Ríos y las fracciones lideradas por Julio María Sosa y Feliciano Viera²³.

²¹ En el año 1916 el batllismo sufrió una mesurada derrota electoral. Aunque el episodio estuvo centrado en una propuesta de reforma constitucional, las consecuencias políticas del evento tuvieron un alcance que trascendió largamente al tema en cuestión. La elección se volvió un verdadero plebiscito sobre las reformas económicas y sociales impulsadas por el batllismo. El triunfo electoral de los sectores antireformistas conmovió hondamente al propio batllismo. El presidente Feliciano Viera anunció públicamente que había llegado la hora de hacer un "alto", en clara alusión al programa reformista de su grupo político. Sobre este punto se puede consultar: Nahum, B., *Historia uruguaya*, T.6, EBO, Montevideo, 1975.

²² Gabriel Terra, proveniente de las filas batllistas, era por entonces Presidente de la República.

²³ Fracción colorada de ideología netamente conservadora, constituida en 1913 por oposición al batllismo. Su nombre alude a quien lideró al bando político colorado en su nacimiento en el segundo cuarto del siglo XIX: el caudillo Fructuoso Rivera.

²⁴ Como uno de las facetas que revelan la peculiar relación del Partido Colorado con el Estado (se lo ha calificado como "partido del Estado"), ha sido una tendencia permanente entre los colorados la constitución de liderazgos fuertes, que dan lugar la fundación de nuevas corrientes internas, a partir del ejercicio de la Presidencia de la República. Así sucedió, por solo mencionar el siglo XX, con los presidentes José Batlle y Ordóñez (1903-1907 y 1911-1915), Feliciano Viera (1915-1919), Julio María Sosa (1923-1927), Gabriel Terra (1931-1938), Luis Batlle Berres (1947-1951), Jorge Pacheco Areco (1967-1971) y Julio María Sanguinetti (1985-1990 y 1995-2000), dando lugar al surgimiento de las siguientes fracciones internas del coloradismo (las que sintomáticamente llevan, como denominación oficial o como referencia popular, el nombre de su presidente fundador): el batllismo, el vierismo, el sosismo, el terrismo, el lusismo (Batllismo – Lusa 15), el pachequismo, y el sanguinettismo (Otro Batllista). Todos ellos constituyeron liderazgos e inauguraron corrientes internas del Partido Colorado, desde el ejercicio de la Presidencia de la República.

El período político que abrió el golpe de Estado de Terra estuvo signado por el predominio de los sectores más cercanos a la derecha (cuestionadores del avance reformista del Estado, empresistas y –en algunos casos- autoritarios) dentro de ambos partidos: “*terristas*”, “*riveristas*”, “*sosistas*” y “*meristas*” entre los colorados, y “*berneristas*” entre los blancos. Los sectores políticos que representaban las posturas de izquierda (promotores del rol económico y social del Estado, obreristas, participacionistas y pluralistas) se ubicaron en la oposición al nuevo régimen: “*batllistas netos*” dentro del Partido Colorado; “*nacionalistas independientes*” y los “*blancos radicales*” dentro del nacionalismo; partidos menores (Socialista, Comunista y la Unión Cívica). En suma, este período estuvo definido por el viraje del coloradismo hacia posiciones de derecha en materia económica, social y política, y, por lo tanto, por la pérdida transitoria del rol del partido “a la izquierda” dentro del tradicional bipartidismo.

Desde luego, este giro no se explica exclusivamente por variables domésticas, sino también por el surgimiento de los totalitarismos de derecha en Europa (el fascismo y el nazismo fundamentalmente), que gozaron de cierto predicamento entre los sectores conservadores latinoamericanos. De hecho, algunas ideas de corte corporativista y lograron permear el diseño institucional del momento (en la Constitución de 1934 y los códigos sancionados en la época).

Durante este período –especialmente, con el apogeo del terrismo (1933-1938)– se produce un giro de los sectores mayoritarios del partido hacia los núcleos empresariales, apartándose claramente del perfil obrerista del primer batllismo. Esta nueva orientación dio lugar a la incorporación de muchas figuras del mundo empresarial, que pasaron a ocupar puestos clave dentro de las estructuras de gobierno (por ejemplo, César Charlone en el Ministerio de Trabajo y Previsión Social), lo que volvería a ocurrir durante el gobierno de Jorge Pacheco entre 1967 y 1971 (otro momento fundamental en el recorrido ideológico del Partido Colorado).

En suma, durante esta el Partido Colorado abandonó transitoriamente su rol de partido “a la izquierda” dentro del clásico bipartidismo, lo que no significa, por cierto, que la mayoría del Partido Nacional haya asumido esa función, sino simplemente que los actores que podríamos calificar como de centroizquierda o izquierda en los partidos tradicionales (los sectores minoritarios de ambos partidos) se hallaban en la oposición al régimen autoritario.

3.3. Irrupción, apogeo y crisis del “neobatllismo” (1947-1958): la democracia-social en tiempos de Keynes

Con la crisis del terrismo y la llegada al gobierno del Gral. Baldomir (1938-1942), se inicia el cierre del período de hegemonía de las posturas conservadoras o de derecha dentro del Partido Colorado. Algunos años más tarde la irrupción de Luis Batlle como líder de los sectores batllistas abre camino, nuevamente, al predominio de las posturas estatistas y obreristas dentro del partido. En esta fase, la hegemonía de la “*Lista 15*” (principal expresión electoral de la corriente) vuelve a ubicar al Partido Colorado en la posición de partido a la izquierda dentro del bipartidismo tradicional.

En las tres dimensiones planteadas resulta razonable clasificar al programa político, económico y social del neobatllismo como próximo a un pensamiento de centroizquierda, en una época pautada por el industrialismo keynesiano. En el eje Estado–Mercado la inclinación estatista resulta evidente (promoción del Estado empresario, regulador y benefactor). Como ejemplo,

podemos tomar esta pasaje de Luis Batlle, en el que además se constata en forma clara el esfuerzo del “*batllismo*” por restaurar la fase del primer batllismo:

“La diferencia fundamental entre el Partido Colorado de Batlle y el nacionalismo, de toda la vida, fue la de que Batlle era proteccionista y el nacionalismo era librecambista (...). En el año 1911 Batlle levantó la bandera del proteccionismo (...) dijo que era necesario levantar barreras aduaneras para defender nuestro trabajo. Y aquí estuvo la primera diferencia fundamental en lo económico y en lo social, entre ellos y nosotros”²¹

En el eje obrerismo–empresismo, el discurso de Luis Batlle se mostró en todo momento atento al acuerdo entre las cámaras empresariales y los sindicatos (en definitiva, la alianza social constitutiva del modelo de bienestar keynesiano de la postguerra²²); se aprecia con claridad el rol preponderante del Estado y del partido como árbitro en los conflictos entre capital y trabajo:

“Si hay algo que hacer en estos instantes a favor de la economía, es, precisamente, luchar por la economía dirigida; y es lo que (...) va salvando a la gente pobre, porque si el Estado no tuviera la preocupación de dirigir la economía, los beneficiados solo serían los poderosos y la víctima sería la inmensa multitud”²³

La defensa de los derechos de los trabajadores y la prédica contra la explotación del capital no es presentada en el discurso neobatllista en un contexto de tono populista, como sí lo hizo por esos años Perón en Argentina. La inclinación obrerista del neobatllismo, del mismo modo que en el primer batllismo, se inscribió dentro de una matriz doctrinaria liberal. A diferencia del primer peronismo, el discurso político neobatllista no apeló en ningún momento a la dicotomía pueblo–oligarquía (típica de los populismos latinoamericanos) como fuente de construcción identitaria y movilización política²⁴. El hecho de que el neobatllismo no se haya apartado de la raíz liberal del Partido Colorado, en tiempos marcados por ideologías mundiales y regionales de corte netamente antiliberal (fascismo, nazismo, stalinismo, nacionalismo populista, etc.), refuerza la hipótesis sobre el carácter liberal-social –o si se quiere socialista-liberal– del batllismo.

En conclusión, en la medida que el neobatllismo apostó al crecimiento y la intervención del Estado, desarrolló un discurso de tinte obrerista (articulado con la defensa del capital nacional) y se alejó netamente de las posturas autoritarias, que habían predominado en el Partido Colorado durante los años treinta, podríamos catalogarlo como una ideología próxima a la izquierda. De esta forma, el Partido Colorado retornó, bajo el liderazgo de Luis Batlle, a su posición histórica a lo largo de la mayor parte del siglo XX de partido a la izquierda dentro del bipartidismo tradicional.

²¹ Batlle Berres, Luis, citado en *El viaje de la 15* (Peters, Gonzalo), Ed. Gandhi, Montevideo, 1988, pág.9.

²² Offe, Claus, “Estado de Bienestar Keynesiano y sistema de competencia de partidos” en *Partidos políticos y movimientos sociales*, Ed. Península, Barcelona, 1990.

²³ Batlle Berres, Luis, *o.c.*, pág.31.

²⁴ En esta dirección, se puede consultar Panizza, *o.c.*

3.4. De nuevo a la derecha (1958-1973): “parricidio” liberal en la Lista 15 y predominio de la UCB

Tras la derrota electoral de 1958 y la muerte de Luis Batlle en 1964, el Partido Colorado vive una nueva etapa de redefinición ideológica, que culminó con el retorno a la democracia en las elecciones de 1984, luego del interregno autoritario.

Del mismo modo que la etapa de los años treinta, esta fase estuvo definida por el giro a la derecha. Las elecciones de 1966 plantearon un nuevo escenario bifraccional: por un lado, la Lista 15, liderada por el Dr. Jorge Batlle, que iniciaba un camino de liberalización de las posturas batllistas en materia económica, inclinando la balanza hacia el mercado; por otro lado, un nuevo sector, la “*Unión Colorado y Batllista*” (UCB). En este período de redefinición ideológica, particularmente en los años de ascenso autoritario (entre 1968 y 1973), el Partido Colorado se debatió entre un sector mayoritario de corte empresista-autoritario (UCB) y la “*Lista 15*”, que abandonaba el estatismo industrialista de los años cincuenta para abrazar las tesis del liberalismo económico de los setenta. Los grupos que buscaron ser fieles a la ortodoxia batllista (estatista y obrerista) tuvieron una de sus expresiones más exitosas en la Lista 99 liderada por Zelmán Michelini. La mayoría de los defensores de la ortodoxia del primer y segundo batllismo (Michelini, Batalla y Roballo) terminaron alejándose del Partido Colorado, para ser cofundadores del Frente Amplio.

En síntesis, durante este período, en el que se inicia la lenta agonía de la democracia, el Partido Colorado se orienta nuevamente hacia la derecha, tanto en el terreno político y económico como en el plano doctrinario. Por un lado la Lista 15, de la mano de Jorge Batlle, se aleja del programa estatista-industrializador del neobatllismo, sustituyéndolo por una visión liberal en materia económica. Por otro lado, la fracción mayoritaria del partido (la UCB) asume posturas de corte autoritario, en el marco de los agudos conflictos sociales y políticos de años sesenta e inicios de los setenta, desembocando en el golpe de Estado de junio de 1973. Durante este período el Partido Colorado pasa a ocupar –en forma atípica de acuerdo a la pauta predominante en el siglo XX– el ala derecha dentro del bipartidismo y el Partido Nacional se recuesta sobre el ala izquierda, tras la muerte de Luis Alberto de Herrera (1873-1959)²⁸, la consecuente crisis del herrerismo y el ascenso de Wilson Ferreira²⁹.

3.5 El “tercer batllismo” (1980...): ¿“la izquierda de la derecha” del nuevo multipartidismo bipolar?

Durante el período autoritario (1973-1985) los partidos políticos vivieron una serie de transformaciones de entidad, que fueron en parte el resultado inevitable de la persecución de sus principales dirigentes y la clandestinidad. En ese marco, con buena parte de la dirigencia partidaria en el exilio o proscrita por el régimen autoritario, surgieron nuevas figuras en todos los partidos y acrecentaron su prestigio algunos mandos medios. Asimismo, en todos los partidos –particularmente en el Partido Colorado, ya que en definitiva había sido el titular del Ejecutivo al momento del golpe de Estado– se procesaron discusiones que implicaron, en

²⁸ Histórico dirigente liberal-conservador del Partido Nacional, fundador del “herrerismo” la corriente más perenne de esa colectividad blanca.

²⁹ Wilson Ferreira Aldunate, proveniente del nacionalismo independiente, fue Ministro de Ganadería durante el gobierno del Partido Nacional entre 1963-1967. Hacia las elecciones de 1971 fundó un nuevo sector dentro de su partido (el Movimiento Por la Patria) con una clara orientación centro-izquierdista.

alguna medida, la revisión de las posturas políticas que desembocaron en la crisis de la democracia.

En el Partido Colorado la irrupción de nuevas figuras (Enrique Tarigo y un conjunto de jóvenes dirigentes) y el crecimiento de otras que habían desempeñado responsabilidades con anterioridad al golpe de Estado (Julio Sanguinetti⁸⁰) protagonizaron un viraje en la correlación de fuerzas al interior del partido. Este giro se produce entre el plebiscito sobre la reforma constitucional propuesta por el régimen en 1980, del que salen derrotados los dirigentes que apoyaron la iniciativa militar (en particular, Jorge Pacheco), y las elecciones internas de 1982, cuando triunfan en ambos partidos tradicionales los sectores opositores al régimen autoritario. Finalmente, en las elecciones de 1984, a pesar de la buena votación de la UCB, se consolida el predominio de los sectores batllistas: la Lista 15, la Lista 85 de Enrique Tarigo y una nueva expresión política –autodefinida expresamente como socialdemócrata– la “*Corriente Batllista Independiente*” (“*Lista 89*”).

Si bien en las elecciones de 1984 el Partido Nacional siguió ubicándose a la izquierda del Colorado, lo que obedecía más a la postura de su indiscutido líder (Wilson Ferreira) con respecto al régimen autoritario que a su visión en materia económica y social, el batllismo volvió a permear ideológicamente al partido, imprimiéndole un sello liberal social tributario de la tradición del primer y segundo batllismo. En esta dirección, resulta revelador el siguiente pasaje del Programa de Principios del partido de 1984:

“La conjugación del liberalismo clásico y el socialismo democrático, realizada por Batlle y Ordóñez en el seno de un partido consustanciado con nuestra nacionalidad, sentó las bases de libertad, democracia y justicia sobre las que se apoyó el ciclo político anterior. Esa herencia, y nuestra propuesta, son la base de un nuevo modelo de país.”⁸¹

Sanguinetti y Tarigo hicieron referencia durante ese período a la adscripción histórica del batllismo a una visión de corte socialdemócrata sobre el Estado. En este sentido, podemos tomar el siguiente fragmento del discurso que brindó Sanguinetti antes de asumir el gobierno en 1985:

“Nosotros sabemos muy bien que podemos enfrentar a un Gobierno; pero nunca podemos enfrentar al Estado Uruguayo. Sabemos que podemos enfrentar a los conductores circunstanciales de una Institución del Estado; pero jamás podremos enfrentar a la Institución del Estado, cualquiera sea ella, porque ese ha sido nuestro culto y esa ha sido nuestra religión.”⁸²

Sanguinetti, Tarigo y otros dirigentes surgidos del proceso de transición intentaron ubicar al batllismo en el centro del espectro ideológico uruguayo (entre la derecha liberal promercado y la izquierda socialista de inspiración marxista), distanciándose de esa forma del discurso liberal de Jorge Batlle. Precisamente, en esta dirección señalaba Enrique Tarigo en 1986:

⁸⁰ Ministro de Industria durante el gobierno de Pacheco Areco y de Educación y Cultura en el de Bordaberry.

⁸¹ *Programa de principios y carta orgánica del Partido Colorado 'por un Uruguay para todos'*, Ed. Fundación José Batlle y Ordóñez, Montevideo, 1984, p.40.

⁸² Sanguinetti, Julio M.: discurso pronunciado ante la Convención del Partido Colorado, 28 de febrero de 1985.

"(...) decía que el Partido Colorado, a influjos del Batllismo, es hoy un Partido profundamente liberal en lo político y socialdemócrata en lo económico y social. Este segundo rasgo surge claramente (...) de esa voluntad reformista y de esa jerarquización del Estado que no puede ser, desde nuestro punto de vista, ni el 'ogro filantrópico' de las dictaduras más o menos totalitarias, ni el mero árbitro de la contienda social (...) como querrían los liberales en materia económica"⁶⁵

Tras la muerte de Wilson Ferreira en 1988, el triunfo de Jorge Batlle en las elecciones internas del "Batllismo Unido" en mayo de 1989, el ascenso del herrerismo dentro del Partido Nacional y la victoria de su candidato Luis Alberto Lacalle en las elecciones nacionales de noviembre de ese año, comienza a cristalizarse un nuevo escenario ideológico dentro del Partido Colorado. Entre la segunda mitad de los años ochenta y la primera mitad de los noventa opera una serie de cambios y realineamientos en la interna colorada: por un lado, se produce la agonía política y electoral de la derecha partidaria (la UCIB), que se cierra finalmente con la muerte de Jorge Pacheco; por otro lado, comienzan a dibujarse, tras las elecciones internas del Batllismo en mayo de 1989, las dos fracciones que definirán hasta el presente el mapa político del partido: el sector liderado por Sanguinetti (a partir de 1994, "Foro Batllista", "Lista 2000") y la "Lista 15" de Jorge Batlle.

En el marco del proceso de apertura comercial, desregulación de los mercados y reforma del Estado que se inicia durante el gobierno de Lacalle, el Foro Batllista se posiciona claramente a la izquierda de Batlle y el Herrerismo en relación al papel que debe jugar el Estado en el terreno económico y en las políticas sociales. En este sentido, el postura asumida por Sanguinetti en el plebiscito de 1992 sobre la privatización de las empresas públicas confirmó las divergencias en materia económica entre la versión liberal del batllismo (Jorge Batlle) y la corriente proestatista (Sanguinetti). De hecho, el acuerdo entre el Foro Batllista y el PGP (grupo fundador del Frente Amplio en 1971) de cara a las elecciones de 1994 fue presentado ante la opinión pública como una apuesta socialdemócrata, que apuntaba a refundar el Estado de Bienestar batllista⁶⁶.

Considerando el firme liderazgo partidario de Sanguinetti y, por ende, el predominio del Foro Batllista cabe preguntarse cuál será la posición en el eje derecha-izquierda que asumirá el Partido Colorado en los próximos años, en el marco de un sistema de partidos signado por la dinámica bipolar entre el Encuentro Progresista-Frente Amplio y los partidos tradicionales.

En esta dirección, podríamos aventurar como hipótesis que el Foro Batllista habrá de constituirse (al interior del polo liberal conformado por ambos partidos tradicionales) en uno de los sectores más cercanos al centro del eje derecha-izquierda. Cualquier intento de alguno de los partidos tradicionales de correrse hacia la izquierda se enfrentará, inevitablemente, al límite sistémico que impone desde 1971 la presencia del Frente Amplio.

⁶⁵ Tarigo, Enrique: "Un partido liberal y socialdemócrata" en *Reflexiones del Batllismo*, N°2, Montevideo, febrero de 1986.

⁶⁶ En esta línea, podemos analizar el siguiente pasaje del programa electoral del Foro Batllista en esos comicios: "El exceso de la religión del Estado no puede ser sustituido por el exceso de la religión del mercado. El mercado es un mecanismo eficaz, pero como todos los mecanismos no tiene conciencia, ni tampoco misericordia. Hay que encontrar la manera de insertarlo en la sociedad, para que sea la expresión del pacto social; un instrumento de justicia y equidad en una síntesis superior del liberalismo con los principios de la solidaridad social." *El Uruguay Entre Todos*, Programa del Foro Batllista, Ed. Arca, Montevideo, agosto de 1994.

4. El Partido Nacional

"La patria es el poder que se hace respetar por el prestigio de sus homiades y por la religión de las instituciones no mancilladas; la patria es el conjunto de todos los partidos en el amplio y pleno uso de sus derechos; la patria es la dignidad arriba y el orgullo abajo"

Aparicio Saravia (1897)

No llevan el nombre de Partido Nacional por casualidad. Se constituyeron como partido buscando defender dos rasgos esenciales de la nación: su independencia y su ordenamiento jurídico. La divisa blanca que lucieron en la histórica batalla de Carpintería nace de esta estrechísima y temprana asociación entre partido, ley y nación. Recordemos rápidamente este momento fundamental. Por decreto del 9 de enero de 1836, el Presidente Oribe suprimió la Comandancia General de la Campaña, cargo que detentaba el ex Presidente Fructuoso Rivera. En julio de 1836, irritado con la decisión del Presidente, Rivera se alzó en armas. El 10 de agosto de 1836, a su vez, Oribe ordenó por decreto que toda la población civil y militar usara un distintivo blanco con el lema "*Defensores de las Leyes*", para demostrar su apoyo al gobierno constitucional. La elección del color blanco no fue casual: ése, precisamente, era el color del distintivo que habían usado las milicias artiguista en la Revolución independentista de 1811. Allí mismo, en el momento crucial de la forja de las identidades partidarias, el partido de Oribe quedó asociado a la defensa de la legalidad institucional y de la independencia nacional. Con el paso del tiempo, y en la fragua de las circunstancias políticas, junto a estos rasgos ideológicos fundacionales se irán perfilando otros.

4.1. Los blancos y la política internacional

En el terreno de la política internacional, la reivindicación de la nación se traduce en un antiimperialismo persistente. El rechazo de los "*imperios*", como se decía más arriba, hunde sus raíces en los tiempos de forja de las divisas. Durante los años de las Guerras de Independencia fueron dos figuras emblemáticas de lo que luego sería el Partido Nacional, Juan Antonio Lavalleja y Manuel Oribe, quienes encabezaron la Cruzada Libertadora de 1825 contra el gobierno de Lecor. Más tarde, en el marco de la Guerra Grande, la vocación nacionalista de los blancos se reforzó fuertemente: el Gobierno colorado de la Defensa pudo resistir el Sitio (1843-1851) gracias al auxilio de las flotas británica y francesa. Más adelante, en los tiempos de la Guerra de la Triple Alianza, los blancos, aparecen –otra vez– defendiendo la nación de la "*agresión de las fuerzas imperiales*". La caída de Paysandú luego de los ataques de la flota brasilera al mando del almirante Tamandaré, y la ulterior muerte de Leandro Gómez alimentaron fuertemente el componente nacionalista y antiimperialista de los blancos.

Durante el siglo XX, esta vocación nacionalista encontrará un nuevo cauce en la doctrina "*tenerista*", defendida vigorosamente por el Dr. Luis Alberto de Herrera en tiempos de la segunda guerra mundial. A fines del año 1940 comenzaron a circular rumores según los cuales el Partido Colorado se disponía a impulsar la instalación de "*bases panamericanas*" en Uruguay. De inmediato, el herrerismo lanzó una fuerte ofensiva política.⁵⁵ Herrera se convirtió en el epicentro de la resistencia a la instalación de bases norteamericanas en Uruguay. Decía el

⁵⁵ Toribio Olaso renuncia a su cargo de Ministro de Instrucción Pública, para marcar a fuego la desvinculación del herrerismo respecto al gobierno. Por su lado, Eduardo Víctor Haedo interpela al Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Alberto Guani. Mientras tanto, el vocero del herrerismo, el diario *El Debate*, promovía una virulenta campaña de denuncia. "*Bases tamb*".

caudillo blanco en noviembre de 1940: "*Las tales bases, malditas sean. Nadie las quiere*".³⁶ La oposición a la instalación de las bases reverdeció la tradición nacionalista de los blancos. La consigna del herrerismo era "*Ni con Washington ni con Moscú*". Esta reivindicación de la necesaria posición neutral de Uruguay se mantuvo durante los cuatro años siguientes, cuando se debatió cuál debía ser la posición de Uruguay si EEUU decidía entrar en guerra. El herrerismo se mantuvo firme en su posición tercerista. Aunque tuvo éxito en la cuestión de las bases, no logró evitar que el país terminara declarando la guerra a Japón y Alemania, el 22 de febrero de 1945. Según Herrera, fue a partir de su firme postura neutralista que se desencadenó la "*embestida bagnala*" del "*Herrera nazi*".³⁷

4.2. Los blancos y la democracia uruguaya

En tiempos de Oribe, defender las instituciones significaba entender la política como servicio público desinteresado. Fue durante los años de la Presidencia de Oribe que se forjó la tradición blanca de la *honestidad administrativa* como principio básico en el ejercicio de cargos públicos. Oribe denunció numerosas irregularidades administrativas cometidas por el gobierno del General Fructuoso Rivera. Esta tradición fue continuada, durante el siglo XIX, en el gobierno del Cerrito, durante la Guerra Grande, y en la presidencia de Bernardo Berro.³⁸ A lo largo del siglo XX, esta tradición persistió. En 1945 (un año antes de las elecciones), el herrerismo, que había sido desplazado del poder en 1942, denunció "*implicancias*": numerosos funcionarios del gobierno (entre ellos el hijo y el yerno del Presidente Amézaga) habrían empleado su posición pública para beneficiar ciertas empresas comerciales o industriales con las que tendrían vinculaciones. Estrategia similar desplegará el herrerismo en el Consejo Nacional de Gobierno después de la Reforma del 51, denunciando sistemáticamente los "*negociados*" y "*contubernios*" del partido gobernante. Más tarde, el discurso de la moralización de la gestión pública será profusamente empleado por el nacionalismo independiente, incluso en la interna del Partido Nacional. La campaña de la Unión Blanca y Democrática en 1962 y la de la fracción "*Desafío Nacional*", liderada por Juan Andrés Ramírez, para las elecciones internas de 1999, constituyen nuevas manifestaciones de esta arraigada tradición nacionalista.

De todos modos, la visión blanca del problema de las instituciones democráticas excede largamente la cuestión ética. Para construir una democracia sana no sólo son necesarios gobernantes moralmente idóneos. Además, es imprescindible contar con un sistema electoral confiable, que impida el fraude, legitime al gobierno y habilite la rotación de partidos en el poder. Por lo tanto, en segundo lugar, dentro de la tradición política blanca, la cuestión de la

³⁶ Citado por Juan Raúl Ferrera, en *El Partido Nacional y los imperios*, EBO, 1987, p.41

³⁷ La expresión "*embestida bagnala*", usada desde 1996 por Luis Alberto Lacalle a propósito de las denuncias de corrupción contra su administración, fue empleada por Herrera para denominar los ataques de que fuera objeto por sustentar su posición tercerista: "*Nunca en toda la historia de la República se llevó contra persona alguna un embate tan tremendo como el que se desató contra Herrera en el período que estudivaremos. Batllistas y colorados; nacionalistas independientes, comunistas y círcos; los servicios de inteligencia extranjeros, así como algunas agencias noticiosas, toda la prensa con exclusión de "El Debate", se desataron en torrentes de invectiva contra el caudillo blanco. Trudor, vendepatria, nazi, fascista (...). La embestida bagnala llamaba Herrera ese tropel de insulto e intimidación con que se intentó detenerlo. No lo lograron*". Citado por Washington Reyes Abadie en su *Historia del Partido Nacional*, EBO, 1989, 232.

³⁸ Bernardo Prudencio Berro fue un hombre de sólidos principios, que buscó combatir el caudillismo y las divisas, que creía en la educación cívica, en la dignificación del ciudadano y en la jerarquización de la función del Estado. Soñaba con la "*República de las Ideas*". Berro es derrocado a raíz de la "*revolución libertadora*" de Venancio Flores, que acabó con la toma de Paysandú y el fusilamiento del General Leandro Gómez. Luego, Berro, termina reconciliándose con la tradición blanca y encabezando una revolución contra el gobierno

"*libertad electoral*" ocupa un lugar destacado. Desde fines del siglo XIX, cuando se aprobó el primer Programa del Partido Nacional (1891), hasta el debate previo a la reforma de la Constitución en 1917, pasando por el Pacto de la Cruz (1897) y la Paz de Acegúa (1904)³⁹, la cuestión de garantizar la "*libertad electoral*" ha sido otro de los rasgos principales de la doctrina nacionalista. Para los blancos, luchar por la "*libertad electoral*" no era sólo un problema de principios. Además, era una impostergable necesidad política. La legislación vigente le permitía al Partido Colorado perpetuarse en el poder. El Partido Nacional, por lo tanto, jugó un papel fundamental en la democratización del sistema electoral. Al impulso de los nacionalistas debemos la incorporación, en la Reforma de 1917 y luego en las leyes electorales del 25, del voto secreto, el sufragio universal y la representación proporcional.⁴⁰

La tercera idea fundamental en la concepción política nacionalista es la obsesión por *dispersar el poder político*. La tradición política blanca es de clara raigambre liberal: la democracia sólo es posible allí donde el poder político ha sido suficientemente dividido y debilitado. El reclamo del "*respeto a las minorías*", la tradición de coparticipación (iniciada en la Paz de Abril de 1872) y la reivindicación de las autonomías locales, se integran dentro de este enfoque doctrinario. Aquí también la doctrina se entrelaza con la perspectiva política del partido: la doctrina nacionalista del "*respeto a las minorías*" y la insistencia en la coparticipación es la voz de partido que, desplazado del poder en 1865, lucha por volver a ejercer un papel políticamente relevante. La única excepción relevante dentro de esta tendencia del Partido Nacional hacia el debilitamiento del poder central es el apoyo mayoritario que prestó a la Reforma Constitucional de 1966 que apuntó en la dirección exactamente opuesta (centralizar el poder, atenuar autonomías, fortalecer el Poder Ejecutivo). En este curioso alejamiento de los blancos respecto a su tradición política operaron diversos factores internacionales y domésticos. Por un lado, la ola global, especialmente promovida por la "*Alianza para el Progreso*", a favor del fortalecimiento del aparato estatal y de la planificación indicativa; por otro lado, en el terreno doméstico, la polarización de la situación política interna y la muerte de los principales referentes políticos del partido (Herrera en 1959; Fernández Crespo y Giannattasio en 1964).

La dispersión del poder no siempre fue impulsada por los blancos del mismo modo. Los mismos principios e intereses políticos básicos, fueron defendidos, en diversas circunstancias, con propuestas institucionales diferentes. Esto nos conduce directamente al cuarto punto que queríamos señalar como característica del pensamiento nacionalista en materia política: el *pragmatismo* en materia institucional. Herrera, estuvo contra el colegiado en 1916 y en 1934⁴¹. Combatir el colegiado, en ese momento equivalía a debilitar a su adversario político, el batllismo. En 1951, en cambio, Herrera consideró que la manera más adecuada de combatir el predominio del batllismo era, apoyar la propuesta colegialista del Presidente Martínez Trueba. Pragmatismo, subordinación de las doctrinas a las circunstancias políticas, pero siempre con la mirada puesta en el objetivo esencial: debilitar al adversario, acercarse al poder.

³⁹ Acuerdos suscritos entre el gobierno colorado de la época y los revolucionarios blancos, para poner fin a dos alzamientos armados.

⁴⁰ Una excelente argumentación del punto de vista del Partido Nacional en esos años puede leerse en *Ante la nueva Constitución*, Martín C. Martínez, Biblioteca Arigas, Montevideo, 1964.

⁴¹ En los debates previos a las respectivas reformas constitucionales de 1917 y 1934, la cuestión de la sustitución o complementación de la Presidencia de la República por un órgano pluri-personal fue un punto central. En el primer caso el herrerismo terminó apoyando una solución mixta que estableció un Poder Ejecutivo bicéfalo (Presidencia y Colegiado), en el segundo se opuso terminantemente a la continuidad de la experiencia colegialista.

4.3. Los blancos, la economía y la cuestión social

Si un partido uruguayo puede reclamar el título de partido portador de la doctrina liberal en materia económica, ese es el Partido Nacional. Tradicionalmente, han defendido la apertura comercial y cuestionado el “*interencionismo indiscriminado*” de los gobiernos batllistas. Claro, también en el terreno de política económica, como en el del diseño institucional, la orientación del Partido Nacional será flexible, pragmática. Veamos, rápidamente, tres ejemplos de abordaje pragmático del problema económico. En los años 30, siendo el sector político más identificado con las posturas liberales, los herreristas apoyaron el régimen de Gabriel Terra que dio un fuerte impulso a la construcción de los mecanismos fundamentales del complejo entramado de regulaciones económicas que caracterizó al Uruguay del medio siglo. A comienzos de los 60, aunque eran decididos partidarios de la liberalización de la economía, ante la perspectiva de obtener ayuda externa para políticas sociales, promovieron la formación de una oficina encargada de elaborar planes de desarrollo económico y social (la “*Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico*”). Finalmente, durante la campaña electoral de 1989 los blancos evitaron cuidadosamente enfrentarse con el movimiento de pasivos que impulsó la enmienda constitucional que introducía la indexación de las pasividades pese a que comprendían perfectamente el impacto que ésta habría de tener sobre las cuentas fiscales.

Liberales, *pero* pragmáticos. Pero, en alguna medida, liberales *por ser* pragmáticos. Ciertamente, fueron un partido liberal en el económico por convicción. Sin embargo, también lo fueron por estar políticamente enfrentados a los colorados batllistas quienes, a partir de la segunda presidencia de José Batlle y Ordóñez, asumieron posiciones crecientemente “*dirigistas*”. Es en el contexto de este permanente contrapunto político con los batllistas que los blancos, especialmente los herreristas, terminan por asumir el papel de defensores del mercado y de la iniciativa privada. Más allá de las circunstancias por las cuales los blancos terminaron por alinearse en las posiciones económicas liberales, es indudable que, a lo largo del siglo XX, han desempeñado ese papel con vigor y decisión. A lo largo de este lapso, algunos de los mayores giros hacia posiciones liberales del Estado uruguayo han estado asociados a gobiernos del Partido Nacional y, más específicamente, de su fracción herrerista.⁴²

Desde el punto de vista de sus posiciones en materia económica, los blancos no son, solamente, un partido liberal. Además, son el partido del “*campo*”. Es obvio que el librecambismo y el liberalismo del Partido Nacional guardan una conexión estrecha con las posiciones defendidas por los productores ganaderos, principal base social de apoyo político del Partido Nacional. La relación entre los blancos y el sector agropecuario hunde sus raíces, por lo menos, en los tiempos de la Guerra Grande. Durante los largos años del Sitio de Montevideo, desde el gobierno del Cerrito, los blancos controlaron el interior del país y estrecharon sus vínculos con hacendados y productores. Este relación entre el Partido Nacional y los ganaderos fue cultivada cuidadosamente por los blancos a lo largo de todo el siglo XX. Parte de la explicación de este fenómeno es estrictamente política: el herrerismo, en su lucha de trincheras contra la hegemonía batllista, asumió la defensa de los sectores sociales afectados por la política industrialista, proteccionista, estatista de Batlle y Ordóñez.

⁴² Como se argumenta en el capítulo “Los dos ciclos del Estado en Uruguay durante el siglo XX”, a partir de 1959 nuestro país comienza a reorientarse hacia el mercado. Este viraje conoce tres momentos importantes: los dos gobiernos hereristas (1959 – 1962; 1989 – 1994) y la dictadura militar (1973 – 1984).

Mientras que los batllistas han imaginado el desarrollo económico del país a partir del auge de la industria, los blancos han apostado a edificarlo sobre la base de las ventajas comparativas naturales, de la producción del campo y, más específicamente, de la ganadería. También en este sentido los años del primer batllismo son años fundamentales. El herrerismo asume una abogacía explícita de los sectores ganaderos: “*integramos un partido esencialmente agrario*”, decía Herrera en 1917.⁴³ El herrerismo combate duramente contra la “*voracidad fiscal*” del batllismo, expresada en sus proyectos de modificación de la Contribución Inmobiliaria.⁴⁴ Se presenta como un “*amigo*” del sector ganadero, ofendido por el “*jacobinismo de los poderes públicos*”, y convoca a las “*clases conservadoras*” a “*despertarse*”, a defenderse de la “*intemperancia fiscal*”, y a movilizarse políticamente ejerciendo el arma decisiva: los comicios.⁴⁵ Este vínculo con la campaña vuelve a explicitarse claramente a fines de los 50, cuando Herrera construye la alianza con la “*Liga Federal de Acción Ruralista*”, buscando –una vez más– aproximarse al poder apoyado en el campo y, muy especialmente, en los ganaderos. Esta preferencia por la ganadería sobre la agricultura es otro de las señas de identidad en materia económica del Partido Nacional. Mientras tanto, el batllismo empezaba a construir su proyecto de desarrollo agrícola del campo que encontraría en hombres como Tomás Berreta, sus figuras más representativas. En suma, también el agrarismo de los blancos es, en alguna medida, una consecuencia de especiales circunstancias políticas.

Aun cuando construyó su principal punto de apoyo en el campo, el Partido Nacional procuró no descuidar la ciudad. A comienzos de siglo, incluso, intentó convertirse en el principal vocero de los sectores obreros. El primer proyecto de reducción de la jornada laboral fue presentado por los diputados del Partido Nacional Luis A. de Herrera y Carlos Roxlo en 1905. El partido Colorado ignoró esta propuesta. Sin embargo, en diciembre de 1906, casi al final de su primer mandato, José Batlle y Ordóñez envió su propio proyecto de Ley de Trabajo que no fue tratado por el Parlamento. Durante su segunda presidencia Batlle envió un nuevo proyecto que es aprobado en 1915.⁴⁶ Evidentemente, en la competencia por la captura del voto obrero el Partido Colorado y su sector batllista lograron triunfar sobre el Partido Nacional. Sin embargo, a lo largo del siglo, los blancos buscarán disputar con los colorados el favor de los trabajadores. Algunos sectores como el “*radicalismo*” de Lorenzo Carnelli durante la década del 20, la “*Agrupación Nacionalista Democrática Social*” de Carlos Quijano a fines de los 20 y 30, el “*Movimiento Popular Nacionalista*” de Daniel Fernández Crespo en los 40 y 50, o “*Por la Patria*” de Wilson Ferreira en los 60 y 70, harán un énfasis especial en los problemas del mundo del trabajo.

En la historia de la evolución de las ideas del Partido Nacional en materia económica, el lapso 1971 - 1989 merece una consideración especial. Durante ese período, Wilson Ferreira Aldunate fue la figura más importante del partido. En las elecciones de 1971 y en las de 1984, el herrerismo quedó en franca minoría (un tercio, aproximadamente, de los votos al lema). Por lo tanto, durante casi dos décadas, hablar de las ideas del Partido Nacional es, prácticamente, hablar de las ideas wilsonistas. Wilson Ferreira estaba profundamente imbuido de algunas de las ideas más características del discurso nacionalista tradicional, especialmente del antiimperialismo y de la inclinación hacia la problemática del campo. Dentro de la tradición

⁴³ Ver: Reyes Abadie, pág. 189.

⁴⁴ Citado en José Rilla, *La mala cara del reformismo*, Serie investigaciones n°41, C.I. A.H.I., p. 76-96.

⁴⁵ Ver Rilla, pp 154-158.

⁴⁶ Una reseña muy cuidadosa de este proceso puede leerse en Ollá, Fernando, Héctor Lorenzo Ríos y Ricardo Rocha Imaz, *Los nacionalistas y la cuestión social*, Secretaría de Asuntos Sociales del Partido Nacional, EBO, 1987.

nacionalista, Wilson pertenecía al “ala doctoral”: en su años de estudiante había simpatizado con la “*Igrupación Nacionalista Democrata Social*” de Carlos Quijano, incorporándose luego al grupo “*Reconstrucción Blanca*” de Washington Beltrán, el sector más pragmático del nacionalismo independiente. Desde el punto de vista del modelo de desarrollo, el enfoque de Wilson – expresado en el recordado programa “*Nuestro compromiso con Usted*” (1971)– tomaba distancia de la tradición liberal tan arraigada en el partido. Wilson era un firme partidario de la planificación indicativa, y de la participación del Estado en la promoción del desarrollo. Su principal conflicto con la tradición ideológica blanca fue su defensa enconada de la reforma agraria.⁴⁷ Después de la muerte de Wilson, cuando el herrerismo retomó el control del partido, los blancos volvieron a desplazarse hacia la derecha del espectro ideológico y a sustentar sus posiciones doctrinarias más tradicionales.

4.4. Los blancos y las tradiciones culturales

Otro rasgo fundamental de la identidad doctrinaria nacionalista es la defensa de los valores “*criollos*” y de la tradición cultural “*oriental*”. Esto también empezó a perfilarse muy tempranamente, en los tiempos de forja de las identidades partidarias, durante la Guerra Grande (1838-1851), como puede leerse en la polémica entre Manuel Herrera y Obes, doctor colorado y figura clave del Gobierno de la Defensa⁴⁸, y Bernardo P. Berro, personalidad señera del nacionalismo. El debate, detonado por la decisión del Gobierno de la Defensa de deportar al General Rivera, abarcó diversas cuestiones, desde las causas del caudillismo hasta el problema de la relación con la cultura europea. En ese contexto dijo Berro:

*“Enhorabuena que la América tome de la Europa, o de cualquier otra parte del mundo, lo que pueda adaptar provechosamente a su modo de ser especial; que siga la marcha progresiva de esa civilización a que pertenece y que obedece en común con la Europa. Pero si realmente quiere adelantar, si quiere consolidar su existencia y dar un impulso riguroso a su progreso, a su ventura, a su engrandecimiento, ha de buscar dentro de sí misma y con sus propios elementos todo lo que necesita para su conveniente desarrollo en ese sentido. Yo afirmaremos con decisión, y que la vulgaridad no nos tache de arrogantes: aquí en nuestro país, en esta nuestra denegada Patria, tenemos todo lo necesario para nuestra felicidad, para obtener ahora mismo un bien cien veces que el que disfruta la Europa.”*⁴⁹

El progreso, para Berro y los blancos, se construye desde la nación y sus tradiciones. Esta defensa de “*lo criollo*” será una constante, más tarde, en el herrerismo. Ha dicho Lacalle describiendo las ideas de Herrera: “*Visión quizás más austera de la nacionalidad, menos abierta a los vientos del mundo y mucho más propicia a las brisas del pago*”.⁵⁰ Otra vez: el nacionalismo aparece reivindicando la tradición cultural “*oriental*”, “*las brisas del pago*”.

La veneración de las raíces culturales se manifiesta en otro aspecto muy característico del Partido Nacional: su crítica al proyecto “*jacobino*” de secularización que impulsaba el batllismo.

⁴⁷ Un panorama de la perspectiva de la reforma agraria de Wilson Ferrera y de la experiencia de la planificación indicativa en Uruguay en la CIDE, puede leerse en Garcé, Adolfo, “Ideas y competencia política: revisando el fracaso de la CIDE”, *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, N.º 11, I.C.P.E.C.U., Montevideo, 1999.

⁴⁸ Durante la Guerra Grande se establecieron dos gobiernos paralelos, el de la Defensa en la ciudad de Montevideo y el del Cerrito con dominio del resto del país.

⁴⁹ Manuel Herrera y Obes y Bernardo Prudencio Berro, *El caudillismo y la revolución americana. Polémica*, Biblioteca Artigas, Montevideo, 1966, p. 119-120.

⁵⁰ Luis A. Lacalle, *Herrera. El nacionalismo oriental*, FBO, 1989, p. 5.

Aquí también, los blancos salen al rescate de la tradición, en este caso, de la tradición católica asediada por la ofensiva racionalizadora del primer batllismo. La defensa de la tradición es, al mismo tiempo, la protesta contra la invasión de la esfera privada por parte de la esfera pública. Decía Herrera, en nombre de la tolerancia:

*"En boca la intransigencia estéril, el jacobinismo prestado nos va enseñando a llevar cargas inclementes contra el ideal ajeno, a apedrear los templos donde él se ejercita, a tronzar las plegarias de sus jefes, a exigir el destierro a los Cristos que son símbolo de misericordia que achican las tristezas del hospital, entibiando con dulce esperanza el pecho de los agonicos".*⁵¹

A lo largo del siglo XX, ha sido el herrerismo el grupo nacionalistas que más enfáticamente reivindicó la tradición "oriental". El rescate de la tradición, la sospecha contra los "modelos importados", la alabanza al activismo ("Hacer acción") y el escepticismo frente a las teorías abstractas, emparentan con nitidez el pensamiento político de Herrera con el conservadurismo de Edmund Burke.⁵²

4.5. Sumario

Nacionalismo y liberalismo son los dos rasgos fundamentales de la doctrina de los blancos. El *nacionalismo*, como hemos visto, nutre un amplio espectro de posiciones políticas, desde el tercerismo en política internacional hasta la reivindicación de la cultura nativa. El *liberalismo*, por su parte, se manifiesta tanto en lo político como en lo económico. En el plano político, el Partido Nacional cuenta con una nutrida tradición liberal, que arranca en la época de Oribe y de la defensa de las autoridades legales y que tiene su momento de esplendor en la lucha por la reforma electoral y por el respeto a las minorías. En el plano económico, el liberalismo también ha sido el temperamento predominante, salvo cuando el herrerismo no fue la corriente hegemónica dentro del Partido, como durante la era wilsonista. De todos modos, el Partido Nacional ha sido, en líneas generales, un fiscal implacable del "dirigismo" y un propagandista obstinado de las bondades de la iniciativa privada.

Estos rasgos ideológicos no constituyen una doctrina oficial, ni son inmutables. Las ideas de los blancos son más un *temperamento* que una *ideología*. Por eso mismo, al cabo de los años, han admitido modificaciones y albergado mutaciones profundas. Tan importante como los principios que hemos reseñado, es el *pragmatismo* con que los nacionalistas –muy especialmente los herreristas– han intentado impulsarlos.

El pragmatismo no sólo se manifiesta en el terreno instrumental, vale decir, en el modo mediante el cual se promueven algunas posiciones doctrinarias. Además, en buena medida,

⁵¹ Luis A. de Herrera, *La Revolución Francesa y Sudamérica*, p. 328. Citado por Luis A. Lacalle, *Herrera. Un nacionalismo oriental*, EBO, p. 65.

⁵² Uno de los rasgos más característicos del pensamiento de Luis Alberto de Herrera era su radical desconfianza hacia las teorías abstractas. En 1914, en un debate parlamentario, dijo Herrera: "Al resolver estas cosas por doctrina y con libros, –cuando nunca falta un libro para probar que ahora es de noche– me parece que se cobica el asunto fuera de terreno; y yo, que soy un hombre de hechos, y cada día, felizmente para mí, menos universitario, no me dejo seducir por las observaciones de índole abstracta, por la doctrina pura, deslumbradora y fúal, precisamente por eso, porque no resuelve casos concretos!". Ver: Luis Alberto de Herrera, *Acción Parlamentaria* (I), Cámara de Representantes, Tomo 1, 1987, p. 323. Ver, también: Lacalle, ob. cit., p. 141; Panizza, *Franco, Uruguay, batllismo y después*, EBO, 1990, p. 36-42; Rilla, José, La mala cara del reformismo, p. 118-123; De Armas, Gustavo, "La inserción pluralista del liberalismo en la construcción de la polarquía uruguaya", *Cuadernos de CL & HII*, N°83-84, Montevideo, 1991.

contribuye a explicar las razones por las cuales ciertas posiciones doctrinarias (y no otras) terminaron afincándose en el Partido Nacional. En buena medida, las posiciones ideológicas de los blancos no pueden entenderse sin tomar en cuenta una circunstancia fundamental: fueron el partido que buscó sin desmayo, desplazar a los colorados (especialmente a los batllistas) del poder. Asumieron, muy a menudo, las posturas que debían asumir en función de la competencia política con su adversario, en un permanente juego de espejos. Frente al exclusivismo colorado, enarbolaron las banderas de la democracia, la libertad electoral y el respeto a las minorías. Frente al proyecto batllista industrialista, proteccionista y dirigista, defendieron el agro, el librecambismo y la iniciativa privada. Frente a la modernización radical, iluminista y "jacobina", el rescate de la tradición y de las "brisas del pago". Frente al reformismo y al ideal de la igualdad, el conservadurismo y la defensa de la "clase dirigente".

5. Las ideas de "los otros" (comunismo, socialismo y social-cristianismo)

Aunque la política uruguaya estuvo dominada durante buena parte del siglo XX por el tradicional bipartidismo protagonizado por blancos y colorados, el mismo admitió y ambientó también, como ya había sucedido en el siglo XIX, la presencia permanente de terceros en discordia. Con el correr del siglo, estos, acabarían rompiendo el formato bipartidista de nuestro sistema de partidos. Más allá de efímeras apariciones de otros componentes, mirando a lo largo del siglo XX, pueden reconocerse tres presencias partidarias perdurables, especialmente relevantes desde el punto de vista del desarrollo ideológico de los partidos uruguayos: el socialismo, el comunismo y el social cristianismo. En 1971, luego de vivir en los años cincuenta y sesenta sendos procesos de renovación, las tres confluyeron en el Frente Amplio, una alianza política electoral que acabó desarrollándose como el tercer partido político uruguayo.

5.1. La época fundacional y la definición de las matrices originales (1910-1955)

En 1910 varios "centros socialistas" convergen, bajo el liderazgo de Emilio Frugoni, en la fundación del Partido Socialista su formulación ideológica está marcada por el marxismo. Pero al mismo tiempo, el marxismo frugoniano incorporaba una faceta liberal democrática. Frugoni no concebía el proyecto socialista de otra forma que no fuera en el marco de un sistema político democrático pluralista en el que las libertades civiles y políticas fueran valores tan apreciados como la igualdad material y la justicia social⁵³. Por otra parte, el socialismo frugoniano concebía el cambio social en una clave que no se correspondía con la teoría revolucionaria del cambio social propia del marxismo. Para los socialistas uruguayos de la primera hora, los cambios debían procesarse por la vía institucional y a un ritmo gradual. En este sentido, aquel socialismo era más propiamente reformista que revolucionario.

Los juicios de Frugoni hacia los legados de la tradición nativa (y en ella marchaban juntos el caudillismo, el americanismo, y el "criollismo") eran condenatorios, en tanto los concebía como frenos al progreso social del que el socialismo se planteaba a sí mismo como portador privilegiado. Al fin y al cabo el socialismo se imaginaba y plantaba como un modernismo racionalista y progresista que sólo podía construirse a partir de la superación de su reverso: la tradición. De allí que tuviera además una concepción y una pretensión universalista: su

⁵³ La ideas fuerza que definen al frugonismo como un socialismo que, abrevando en el marxismo y en el liberalismo político, tiene un fuerte sesgo democrático liberal, pueden observarse "Génesis, esencia y fundamentos del Socialismo", Editorial Américalee, Buenos Aires, 1947.

referente era el mundo ("el" mundo: occidental y europeo) no la nación. El socialismo frugoniano fue tan antitradicionalista como antinacionalista. Sus marcas identitarias (modernismo, progresismo, universalismo) se definían en contraste dialéctico, como negación de, el tradicionalismo, el conservadurismo y el nacionalismo.

Hacia fines de los años diez este socialismo frugoniano que acabamos de reseñar, vivirá con dramatismo el impacto directo de la conmoción provocada por la revolución rusa de 1917 y su producto político-ideológico (el leninismo), culminando en 1921 con la ruptura del PS. Desde entonces, la identidad ideológica del socialismo se reafirmará en el juego de la contradicción con el comunismo, confirmando muchas de las señas anteriormente señaladas: reivindicando un marxismo no leninista y un socialismo democrático. Ello se prolongará en la crítica al estalinismo imperante en la URSS desde fines de los años veinte y que en la segunda posguerra se expandirá a la Europa del Este inaugurando la experiencia del que entonces se denominó "*socialismo real*". Antes y durante la guerra fría, el PS reivindicó su independencia partidaria frente a las pretensiones hegemónicas del PCUS, al tiempo que, en la crítica al autoritarismo estalinista, se reafirmaba en la defensa de un socialismo democrático como el eje de su concepción ideológica.

En el caso del Partido Comunista del Uruguay, el marxismo leninismo será adoptado plenamente como ideología oficial del partido. A lo largo de su historia, el itinerario del PC estará fuertemente ligado a los avatares del movimiento comunista internacional, lo que se vincula al mismo hecho de concebir la idea de una revolución mundial en la que el PCUS cumpliría el rol de partido guía. Cuando el régimen soviético deriva hacia el modelo totalitario propio de la época estalinista (1928-1956), el PCU lo identificará como la única versión auténtica del socialismo: el estalinismo no era más que la puesta en práctica de las ideas del marxismo-leninismo.

Si la crítica socialista al modelo soviético centraba sus baterías en el tema de la democracia, el PC, en consonancia con el discurso universal de la Tercera Internacional, se afiliaba a la concepción que entendía a la democracia liberal como "*democracia burguesa*" contrapuesta a la verdadera democracia, la "*democracia proletaria*" hecha realidad en la URSS de Stalin. La democracia tal cual se practicaba en el mundo capitalista, sólo era útil como instrumento para la revolución proletaria: para desenmascarar al sistema y difundir de las ideas revolucionarias. Así fue que en sus primeros años, hasta 1935, el PC desarrolló la política de "*clase contra clase*" que concebía un enfrentamiento directo de la clase obrera representada en cada país por el PC local con la burguesía nativa. Todos los que no se plegaban a la estrategia comunista quedaban automáticamente condenados al rol de colaboradores de la clase dominante, incluso los socialistas.

En esta primera etapa, más allá de los virajes del comunismo uruguayo al ritmo de las circunstancias internacionales (1921, 1935, 1939, 1941) puede reconocerse la permanencia de una matriz ideológica que, respaldada en una opción decidida por el marxismo-leninismo y por su versión estalinista, concibe a la revolución socialista como una meta que requiere, como tarea central, la formación de un partido -el PCU- vanguardia de la clase obrera, que organice y oriente a las masas en contra de unas instituciones burguesas -el Estado en general y el Parlamento en particular- que, si bien podían tener una utilidad táctica reductible a los

objetivos anteriores, estaban destinados a desaparecer en la perspectiva de la dictadura del proletariado, concebida como la expresión genuina de la democracia de los trabajadores.⁵⁴

En 1911, el IV Congreso Católico del Uruguay, decide la fundación de un partido político –la Unión Cívica del Uruguay– cuyo objetivo fundamental sería la defensa de la religión católica y de la Iglesia Católica. No es casualidad que la decisión fuera tomada en momentos en que se iniciaba la segunda presidencia de José Batlle y Ordoñez: el partido que pretendía brindar una opción política propia a los católicos uruguayos, nació como una reacción defensiva frente a los embates anticlericales y secularizadores del primer batllismo.

Convivían en la UC dos preocupaciones: una religiosa (la defensa del catolicismo y su Iglesia) y otra social (la “cuestión obrera”). La primera fue indiscutiblemente predominante en los primeros años del partido, hasta que la “amenaza jacobina” del batllismo se aquietó y la Iglesia normalizó sus relaciones con el Estado uruguayo asumiendo su nuevo lugar (entre 1916 y 1934). A partir de entonces las ideas que ilustraron los programas de la UC estuvieron francamente volcadas a los temas sociales y económicos, dejando atrás el inicial predominio de la cuestión religiosa. En otra clave se reconoce la convivencia de un ala conservadora y una más progresista. La primera, predominante en este período tenía en la preocupación por la cuestión religiosa el centro de su motivación política, al tiempo que tenía una actitud y un comportamiento conservador respecto a la cuestión social.⁵⁵ La segunda promovía un tratamiento privilegiado de los problemas sociales y económicos desde una óptica que sintonizaba más con la idea de cambio que con la preocupación por la mantener “el orden”.⁵⁶

En los años treinta se produce un importante desarrollo ideológico que se concreta en la reformulación del programa de principios, priorizando la terrenal preocupación por la libertad y la fraternidad, lo cual se especifica en la importancia adquirida por la atención a los problemas del mundo económico y, en particular, social. Internamente iba creciendo el peso de las corrientes de izquierda del partido a lo largo de las décadas del treinta y cuarenta. Cuando en los cincuenta el país ingresó en la crisis económica esta evolución culminaría en un giro mayor que analizaremos en el apartado siguiente.

5.2. Una época de transición: las renovaciones ideológico-programáticas (1955-1971)

En julio de 1955 el XVI Congreso del PCU concreta un fuerte cambio. El mismo fue mucho más que un enroque directriz, la sustitución de Eugenio Gómez por Rodney Arismendi en la secretaría general, planteándose como una rectificación fundada en una autocrítica de la línea seguida por el partido hasta entonces. A los pocos meses, en febrero de 1956, el XX Congreso del PCU’S aprobaba el “informe Kruscher”. Se anunciaba en la URSS el inicio de la

⁵⁴ Las principales ideas y posiciones del PCU durante este primer período en dos versiones “desde adentro” del propio partido aunque enfrentadas entre sí en lo referente a los años cincuenta, pueden verse en Pintos Francisco (1960): *Historia del movimiento obrero del Uruguay*, Suplemento de “Gaceta de Cultura”, Montevideo; y Eugenio Gómez (1961) *Historia del Partido Comunista del Uruguay (hasta 1951)*, Editorial Elite, Montevideo.

⁵⁵ La ubicación de la UC entre el bloque de fuerzas políticas y sociales conservadoras, ha sido estudiado y por José Pedro Barrán y Benjamín Nahum (1985) *La reacción imperial conservadora (1911-1913)*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo y (1986b) *Lucha política y enfrentamiento social (1913-1916)*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.

⁵⁶ El primer programa de la Unión Cívica (1912) era un buen muestrario de esta diversidad de preocupaciones y corrientes. Puede verse un detalle del mismo en la obra de Barrán y Nahum (1985) y en el trabajo de Romeo Pérez (1987) antes mencionados.

"*dexestalinización*", lo cual vino a fortalecer la posición de los renovadores uruguayos. Sin embargo, no debe pensarse que la renovación comunista uruguaya haya sido una suerte de versión local de la desestalinización. Ello no es así, en primer lugar, porque fue un fenómeno anterior y, -más importante, en segundo lugar porque el PCU nunca incorporó *in totum* la revisión kruscheviana.⁵⁷ Aunque en esta segunda etapa el comunismo uruguayo comienza a desplegar una mayor autonomía de cualquier forma se mantiene fiel al modelo soviético y absolutamente alineado en materia de política exterior.

En el plano ideológico, la renovación se argumenta a sí misma desde la confirmación del marxismo-leninismo y no como revisión de éste. Se plantea como una vuelta al camino correcto luego de reconocer en el período anterior un desvío en la aplicación de los principios revolucionarios de esa referencia ideológica. Durante los años siguientes el PC se mostrará impermeable respecto a las variantes del marxismo manteniéndose siempre en sintonía con la versión soviética, no admitiendo diversidad interna alguna. Si el impacto de la desestalinización de 1956 fue muy amortiguado, el de la restauración brezneviana de 1964 confirmó la poca afección del PC a la renovación de los ejes fundamentales de su pensamiento marxista leninista.⁵⁸

En 1955⁵⁹ se caracterizó la "*etapa revolucionaria de nuestro país*": dado el carácter "*semifundal*" de la estructura económico-social uruguaya la etapa era la que correspondía a la revolución de tipo democrático-burguesa, a ser llevada adelante por una amplia alianza de fuerzas democráticas y antimperialistas, pero con la conducción de la clase obrera de tal forma que se asegurase que el proceso derivase hacia la revolución socialista. De allí que se convocase a la formación de un "*Frente Democrático de Liberación Nacional*", expresión política de esa alianza de fuerzas antimperialistas y antioligárquicas.

En el Partido Socialista la renovación fue un proceso más gradual y dilatado. Desde inicios de los años cincuenta y hasta inicios de sesenta, se fue procesando una progresiva reformulación de las ideas y los programas partidarios. Sobre la base del legado frugoniano, y acicateado por el espíritu innovador del liderazgo emergente de Viviani Trias, el PS fue girando desde la concepción socialista democrática propia de la matriz fundacional iluminada por el pensamiento de Frugoni, hacia una nueva formulación que Trias denominó como "*socialismo nacional*"⁶⁰. Trias forja sus ideas y escribe lo fundamental de su obra en la época de la

⁵⁷ Acerca de esta "*desestalinización amortiguada*", véase Gerardo Caetano y José Rilla, "La izquierda uruguaya y el socialismo real. Visión histórica de algunas trayectorias", en El Achugar (ed). *La herencia del socialismo real*, FESUR, Montevideo, p.32.

⁵⁸ Pueden leerse análisis diversos del impacto de las renovaciones comunista y socialista de estos años en la trayectoria más larga de la izquierda en los trabajos de Gerardo Caetano y José Rilla (1991) *La izquierda uruguaya y el socialismo real...* ya citado; Gerardo Caetano y José Rilla (1995) "Izquierda y tradición. Un problema y su versión en Uruguay", así como Javier Gallardo (1995) "La izquierda uruguaya. La parábola de los zorros y los leones", en ambos en Caetano-Rilla-Gallardo *La izquierda uruguaya. Tradición, innovación y política*, Ediciones Trilce, Montevideo; y Jorge Lanzaro (2000): "El Frente Amplio: un partido de coalición entre la lógica de oposición y la lógica de gobierno", en *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, No 12, ICP-IEBO, Montevideo.

⁵⁹ Acerca de la renovación de 1955, ver Rodney Arismendi (1957): "El Partido Comunista del Uruguay ante el 40º aniversario de la revolución de Octubre", *Estudios*, N° 7, Montevideo. Estos mismos puntos fueron replanteados en el "Documento histórico-político 1955-1984" presentado al XXI Congreso del PCU reunido en Montevideo en diciembre de 1988.

⁶⁰ Lo esencial de las tesis de Trias quedó expresado en forma sistemática en su libro de 1965 *Por un socialismo nacional*. El mismo fue reeditado en 1989 en "Aportes para un socialismo nacional", tomo 6 de la *Selección de obras de Viviani Trias*, EBO. Un prolijo cotejo de las ideas de Trias en referencia a las de Frugoni puede verse en Gerardo

descolonización de los pueblos afro-asiáticos, de la guerra fría y la hegemonía norteamericana sobre América Latina. En su caso, será la revolución cubana de 1959 y no la rusa de 1917, la que le confirme en algunas de sus ideas centrales.

Trías se respalda, como Frugoni, en el marxismo, pero incorpora además explícitamente al leninismo. Critica duramente el *"reformismo"*, la concepción gradualista y acumulativa, y postula la vía revolucionaria, la concepción radical del cambio social. El eje de la renovación socialista está en la centralidad que adquirirá la cuestión nacional como eje de su concepción ideológica y programática en desmedro de la cuestión democrática. Si el de la época frugoniana fue básicamente un socialismo democrático con vuelcos hacia el liberalismo democrático, el de la época de renovación será un *"socialismo nacional"* fuertemente antiliberal. De allí además se deriva un replanteamiento de la postura antitradicionalista y anticaudillista del socialismo. A partir del ejercicio historiográfico de tono revisionista, la renovación socialista conlleva un rescate de la tradición criolla nacional, una revalorización del fenómeno caudillista y una mayor identificación con la tradición nacionalista blanca (a contrapelo de la indudable preferencia colorada batllista de Frugoni). La renovación alejó progresivamente al PS de su tradición democrático-liberal.

Con estas viejas y nuevas ideas, y con un nuevo liderazgo, el PS se replanteará en los sesenta su estrategia política. En 1962 estableció una efímera alianza electoral (la *"Unión Popular y Nacional"*) con un sector escindido del Partido Nacional, que resultaría un completo fracaso. Al mismo tiempo se pronunció explícitamente (en la conferencias de la O.L.A.S.⁶¹, en el "acuerdo de *Epoca*" de 1967, que le valiera la ilegalización hasta 1971) por la *"nra armada"* como única forma posible para el acceso de la izquierda al poder. De hecho, importantes cuadros socialistas miraron con simpatía e, incluso, participaron en los preparativos que culminaron en la fundación del MLN (entre ellos, el propio Raúl Sendic). De todos modos, el PS nunca apoyó oficialmente al movimiento tupamaro. Surcado por fuertes tensiones internas que invariablemente terminaron en rupturas⁶², la renovación ideológica y programática del PS se consolidó hasta confluir en el Frente Amplio.

En el caso de la corriente social-cristina la renovación de las ideas y los programas también transitó dilatadamente entre mediados de los cincuenta y fines de los sesenta. En el contexto de la crisis que comenzaba a afectar a la economía uruguaya a mediados de los cincuenta, de la creciente movilización sindical y estudiantil, la Unión Cívica comienza a procesar un debate interno que enfrentará a la vieja guardia conservadora con los sectores juveniles portadores de propuestas de actualización del programa partidarios frente a un contexto económico social crecientemente deteriorado. Además, varios fenómenos externos estimulan el proceso: la revitalización de la doctrina social de la iglesia a partir del Concilio Vaticano II (1965), la *"teología de la liberación"*, que impulsa a sectores vinculados al catolicismo latinoamericano hacia una práctica política y social de izquierda, la expansión de las ideas desarrollistas de la CEPAL, y, por último aunque no por eso menos importante, la revolución cubana.

Caetano y José Rilla (1991): "La izquierda uruguaya y el socialismo real. Visión histórica de algunas trayectorias", en Hugo Achugar (ed.), *La herencia del socialismo real*, FESUR, Montevideo.

⁶¹ Las Conferencias de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (O.L.A.S.). Reuniones convocadas por el gobierno revolucionario de Cuba a las que asistían delegados de la mayoría de las organizaciones de izquierda de América Latina.

⁶² Desde 1963 en que Frugoni se va para fundar el Movimiento Socialista se producen sucesivas escisiones (1965, 1966, 1972, 1973).

Hacia 1961 la UC había entrado en una profunda crisis que conducirá a su conversión en Partido Demócrata Cristiano en 1962. Desde entonces el PIDC asume un programa desarrollista en el que la prioridad del desarrollo económico y social fundamenta el reclamo de un cambio estructural, la necesidad de la planificación del desarrollo, la asunción de un rol protagónico del Estado en la conducción del proceso económico y en el despliegue de políticas sociales que atendiese las necesidades más urgentes al tiempo que sentase las bases del desarrollo social. En base a esa renovación de las ideas y el programa la democracia cristiana se irá ubicando a la izquierda del sistema político uruguayo y, con el acicate de los avances autoritarios del pachequismo y de la persistencia y profundización de la crisis económica y social, acabará convergiendo con el comunismo, el socialismo, y los sectores de izquierda, escindidos de los partidos tradicionales, en el Frente Amplio. En la renovación del pensamiento social-cristiano jugó un papel fundamental Juan Pablo Terra.⁶³

5.3. La síntesis frenteamplista, su ruptura y su itinerario reciente (1971-2001)

El documento programático del Frente Amplio en 1971 (las “Bases programáticas de la unidad”) en cierto modo representa una síntesis de ideas que emergieron en el curso de las renovaciones de comunistas, socialistas y social-cristianos, y la convergencia con los postulados sostenidos por las fracciones de izquierda escindidas de los partidos tradicionales. El programa fundacional frenteamplista estaba fuertemente emparentado con las ideas del desarrollismo: la reforma estructural de la economía, la planificación, la centralidad del estado. Se trata de una versión radical y de izquierda, de las ideas desarrollistas y dependencistas. El programa se reconoce ante todo como antioligárquico y antimperialista, popular y nacional. Allí está el centro, en la dimensión económica y social, mientras que la dimensión política tiene un lugar subordinado muy remitido a las urgencias de la coyuntura, revelando una pobre preocupación por la cuestión democrática.

Al cabo de treinta años, en un marco general de continuidad, se produjeron algunos cambios que introdujeron matices en ciertos aspectos destacados del programa económico frenteamplista. En 1994, se confirmaría el giro moderado en los programas del Frente Amplio y especialmente en los del Encuentro Progresista.⁶⁴ Hasta entonces (entre 1984 y 1994) la renovación avanzó poco, viéndose fuertemente trabada por diferencias internas que tuvieron en 1989 un punto culminante al separarse las fracciones más moderadas embanderadas con la necesidad de fundar una “nueva izquierda”.

Convencidos de que ello ya no era posible dentro del Frente Amplio, el PIDC y el PGP fundaron junto a la UC –refundada en el contexto de la transición democrática– el “Nuevo Espacio”. Este partido, a lo largo de su breve existencia, aparece claramente vinculado a la doctrina socialdemócrata y sus inflexiones. En 1989, el Nuevo Espacio se identificaba con el socialismo democrático. En 1994, enarbola con firmeza los postulados tradicionales de la

⁶³ Algunas dimensiones importantes del pensamiento político de Terra pueden leerse en *Mística, desarrollo y revolución*, Ediciones del Nuevo Mundo, 1969, Montevideo. Su más reciente reedición aparece en el Tomo 3, *Política y Doctrina*, de las *Obras* de Juan Pablo Terra, CLAEH, Montevideo, 1995.

⁶⁴ En 1994 se funda el Encuentro Progresista como alianza del Frente Amplio con tres grupos de menor entidad político-electoral. Hemos planteado algunas consideraciones sobre la significación del Encuentro Progresista para el itinerario programático frenteamplista en Adolfo Garcé y Jaime Yaffé (1999): “Un cambio a la uruguayana. La evolución del programa frenteamplista”, *Posdata*, N° 272, Montevideo.

orientación socialdemócrata: complementariedad del Estado y el Mercado, expansión del gasto público en políticas sociales, entre otros. En 1999, el Nuevo Espacio presentó un programa electoral en el que es muy visible la influencia de la *"Tercera vía"*⁶⁵. En suma, desde 1989 a 1999, el Nuevo Espacio se movió claramente desde la izquierda al centro, especialmente en el eje Estado/Mercado.

Por su parte el Frente Amplio –que terminó procesando la renovación básicamente entre 1994 y 1999– continúa promoviendo un programa que pone énfasis en el cambio, con una persistente preocupación por la transformación económica del Uruguay, orientada tanto al crecimiento estrictamente económico como a la sustentación de una política social y tributaria redistributiva fundada en principios de justicia social e intenciones de corte igualitarista. Junto a esas persistencias, las sucesivas reformulaciones de ese programa también muestran cambios importantes que recorren por lo menos dos pistas: la moderación de las propuestas de transformación económica y la incorporación y/o desarrollo de asuntos referidos a los temas sociales y político-institucionales. El programa frenteamplista de 1999 se presenta como un programa de cambio moderado orientado hacia la transformación y el crecimiento económico, la justicia social, y la profundización y perfeccionamiento de la democracia política, asignando al Estado un rol relevante en la conducción del proceso económico y social. Estas constituyen a nuestro juicio las notas distintivas que definen la identidad programática actual del Frente Amplio.

A treinta años de su fundación, la configuración ideológica del Frente Amplio es un compuesto diverso que sustenta el difuso *"progresismo"* actual. Al mismo tiempo que la carga ideológica se alivianó y amplió, se profundizó una nueva relación con la tradición que fortalece y reformula su identidad partidaria⁶⁶. Aunque es un partido que, como blancos y colorados, muestra una importante diversidad interna, sin embargo en la apreciación general del conjunto, cinco constataciones autorizan a identificar al Frente Amplio como un partido de orientación socialdemócrata. Sus ideas acerca de la democracia están marcadas por el impacto de la dictadura militar: sus componentes asimilaron, en formas y grados de avance diversos, la concepción democrática del juego político y renunciaron a las vías no institucionales de acceso al poder. Se acepta la viabilidad de un desarrollo capitalista con bienestar social aunque algunas de sus fracciones mantengan aspiraciones finalistas de corte socialista. Se abandona la concepción revolucionaria y se la sustituye por la del cambio gradual y moderado. Se mantiene el discurso igualitario y, replanteada, la "hermandad sindical", aunque se normaliza su relación con el empresariado. Se asigna un rol central al Estado en el proceso económico y social, en particular al sector público de la economía y las políticas sociales.

⁶⁵ Corriente renovadora dentro de la tradición socialdemócrata. Ver: Anthony Giddens *La tercera vía*, Taurus, 1999 y *La tercera vía y sus críticos*, Taurus, 2000, del mismo autor.

⁶⁶ Sobre la "tradicionalización" del Frente Amplio puede verse: Gerardo Caetano y José Rilla (1995) "Izquierda y tradición. Un problema y su versión en Uruguay" Trilce, Montevideo; Rosario Queirolo (1999) "La tradicionalización del Frente Amplio", FCCU, Montevideo; Jaime Yaffé (2001) *La tradicionalización del Frente Amplio y la fundación de la tercera vía*, DT 28, ICP, Montevideo. Por su parte Constanza Morena ha analizado la consistencia de la identidad frenteamplista en términos de una *cultura política de izquierda* que está en la base de sus formulaciones programáticas e ideológicas. Ver Morena, (2000) "La izquierda uruguaya: desarrollo institucional y cultura política", I'BO, Montevideo.

6. Conclusiones

Aunque el carácter de “introducción al estudio” y la intención ensayística de este texto nos imponen algunas limitaciones a los alcances del mismo, el recorrido realizado permite establecer algunas conclusiones acerca de las hipótesis que lo han estructurado.

Hace algunos años atrás, los estudiosos de la política uruguaya entendían que era posible distinguir, al interior del sistema de partidos, entre aquellos partidos con cargas ideológicas fuertes (llamados “partidos *de ideas*”) y los que carecían de ideologías definidas. Ciertamente, esta distinción permitía comprender algunas diferencias significativas entre los partidos tradicionales y los “*otros*”. Como hemos visto a lo largo de estas páginas, éstos se han caracterizado por tener ideologías sensiblemente más estructuradas –de mayor intensidad ideológica– que aquellos. Sin embargo, la distinción entre partidos tradicionales y partidos “*de ideas*” no da cuenta adecuadamente de la consistencia de las tradiciones ideológicas del Partido Nacional y del Partido Colorado. La convicción fundamental sobre la que se apoya este artículo es que *todos* los partidos políticos que han desempeñado un papel relevante en la política nacional durante el siglo XX merecen, en cierto modo, el nombre de *partidos de ideas*.

La tradición ideológica del Partido Colorado es la que más modificaciones ha sufrido a lo largo del siglo. Los colorados mantienen algunos rasgos básicos (su concepción republicana en el plano político, su vocación modernizadora en el plano económico y social). Sin embargo, la tradición obrerista, tan fuerte en los tiempos del primer y segundo batllismo, se ha ido diluyendo, pese a algunos esfuerzos desplegados por algunas fracciones en los ochenta. El componente empresista, más riverista y terrista que propiamente batllista, ha ganado terreno. El testimonio más evidente de esta evolución es el profundo viraje de la lista 15 desde la izquierda a la derecha: populista, proteccionista y dirigista en los 50, empresista, librecambista y liberal a partir de la década del 70.

El Partido Nacional, por su parte, luego de su paseo por el centro del espectro de la mano del liderazgo wilsonista, terminó el siglo como lo había empezado: firmemente anclado en las posturas liberales, nacionalistas y tradicionalistas que ya lo caracterizaban en el siglo XIX, y que terminaron alojándose y reproduciéndose principalmente en el resistente tronco herrerista.

Los “*otros*” (comunistas, socialistas y social-cristianos), experimentaron a partir de la década del 50 un proceso de renovación y nacionalización de sus posiciones ideológicas que les facilitó la síntesis frentista en 1971 acicateada por las circunstancias políticas del momento. A partir de 1989, las diferencias ideológicas existentes en el espacio de la izquierda desembocaron en la escisión del Frente Amplio y en la forja del Nuevo Espacio, que fue virando al cabo de una década hacia posiciones mucho más liberales en materia económica. La renovación siguió su curso, lento y dificultoso, en el Frente Amplio hasta 1994. Entonces, la creación del Encuentro Progresista acelera el proceso que lleva a la configuración ideológico-programática actual, cuyos elementos centrales dan buena cuenta de la tradición ideológica de la parte principal de los “*venenos*”: un programa de cambio (ahora moderado) orientado hacia la transformación y el crecimiento económico, con un tono igualitarista y una identificación preferencial con el mundo del trabajo, que asigna al Estado un rol relevante en la conducción del proceso económico y social, y que incorpora una renovada preocupación por la democracia política.

A lo largo de este trabajo también ha quedado de manifiesto que las tradiciones ideológicas se fueron moldeando en la forja de las circunstancias políticas. Como hemos visto, en buena medida las tradiciones coloradas y blancas comenzaron a delimitarse durante la Guerra Grande. Acorralados en Montevideo, los colorados reforzaron fuertemente sus lazos con la *"civilización europea"*. Instalados en el Cerrito, los blancos establecieron vínculos definitivos con el ambiente rural. Esta impronta inicial (el sello urbano en los colorados, la vocación ruralista en los blancos) perdurará largamente en ambos partidos.

Durante el siglo XX, nuevamente las circunstancias políticas juegan un papel importante en la forja de las identidades ideológicas de los partidos. El batllismo se apropia de algunas banderas pero abandona otras. Convertido en el *"escudo de los humildes"* y en el partido de la promoción industrial, el batllismo se enfrenta al sector rural, y muy especialmente, a los ganaderos. El viejo clivaje urbano/rural cobra nuevo dinamismo: el Partido Nacional, en el que la figura de Luis A. de Herrera empezaba a descollar, pasa a asumir la defensa de los sectores afectados por el reformismo batllista.

Más tarde, otras circunstancias políticas incidirán en la evolución ideológica de los partidos tradicionales. A comienzos de los sesenta, cuando la ola de la *"Alianza para el Progreso"* recorrió América Latina, era el Partido Nacional el que estaba en el gobierno. Esta coincidencia será aprovechada por Wilson Ferreira, que logrará colocarse en el espectro político como el principal portavoz de la agenda reformista de la *"Alianza"*. Al mismo tiempo, el triunfo en 1966 del sector más tradicionalista del Partido Colorado (la fracción del General Gestido), hará posible que durante casi dos décadas, desde 1971 a 1989, blancos y colorados inviertan sus posiciones tradicionales en el continuo izquierda-derecha: los blancos, por primera y única vez en el siglo, quedan colocados a la izquierda de los colorados.

Las circunstancias políticas también han moldeado las ideas de *"los otros"*. Para empezar, si fueron durante casi todo el siglo partidos con una alta intensidad ideológica fue, en buena medida, porque pudieron serlo: sólo pueden asumir tener ideologías muy coherentes y estructuradas los partidos de escasa significación electoral. El tamaño electoral de los partidos guarda, generalmente, una relación inversa con la intensidad ideológica de sus propuestas, como lo prueba la historia de la transformación del relativamente pequeño (pero muy consistente ideológicamente) Frente Amplio de las elecciones de 1984, en el extraordinariamente masivo (pero de perfiles doctrinarios más confusos) Encuentro Progresista de 1999. La dictadura, el auge del liberalismo económico y la caída del Muro de Berlín también dejaron su huella en la evolución de las posiciones doctrinarias de la izquierda.

Con demasiada frecuencia se proclama la muerte de las ideologías y surgen profecías acerca del *"fin de la historia"*. El repaso de la evolución de las tradiciones ideológicas de los partidos uruguayos durante el siglo XX no permite extraer este tipo de conclusiones. Con épocas de auge y de polarización (los años del primer batllismo, las décadas del 30 y del 60) y con tiempos de repliegue y mayor moderación (las décadas del 20, del 50 y del 90), los partidos uruguayos han exhibido niveles significativos de intensidad ideológica. La política no es únicamente una batalla por el poder. Es además, afortunadamente, un pleito entre principios, valores, ideales y doctrinas. También en Uruguay.

BIBLIOGRAFÍA

- Alesina, Alberto (1989): "Politics and Business Cycles in Industrial Democracies", en *Economic Policy*, N° 8.
- Anismendi, Rodney (1969): *Lenin, la revolución y América Latina*, Editorial Pueblos Unidos, Montevideo.
- Barrán, José Pedro y Nahum, Benjamín (1985): "Un diálogo difícil (1903-1910)", en *Batlle, los estancieros y el imperio británico*, tomo 2, Ediciones Banda Oriental, Montevideo.
- Barrán, José Pedro – Nahum, Benjamín (1985): "La reacción imperial-conservadora (1911-1913)", en *Batlle, los estancieros y el imperio británico*, tomo 5, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.
- Barrán, José Pedro y Nahum, Benjamín (1986): "El nacimiento del batllismo", en *Batlle, los estancieros y el imperio británico*, tomo 3, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.
- Barrán, José Pedro y Nahum, Benjamín (1986): "Lucha política y enfrentamiento social (1913-1916)", en *Batlle, los estancieros y el imperio británico*, tomo 7, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.
- Berro, Bernardo Prudencio y Herrera y Obles, Manuel (1966): "El caudillismo y la revolución americana. Polémica", en *Clásicos Uruguayos*, N° 110, Biblioteca Artigas, Montevideo.
- Boix, Carles (1996): *Partidos políticos, crecimiento e igualdad. Estrategias económicas conservadoras y socialdemócratas en el economía mundial*, Alianza Universidad, Madrid.
- Cactano, Gerardo y Rilla, José (1991): "La izquierda uruguaya y el socialismo real. Visión histórica de algunas trayectorias", en Hugo Achugar (ed.) *La herencia del socialismo real*, Fundación Frederick Ebert (FESUR), Montevideo.
- Cactano, Gerardo, Javier Gallardo y José Rilla (1995): *La izquierda uruguaya. Tradición, innovación y política*, Ediciones Trilce, Montevideo.
- Cayota, Mario y Zubillaga, Carlos (1988): *Cristianos y cambio social en el Uruguay de la modernización (1896-1919)*, Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLAEH) - Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.
- Chasqueti, Daniel y Juan Andrés Moraes (2000): "Parlamento y gobierno en el Uruguay. Hipótesis para una teoría del ciclo político", en Lanzaro, Jorge (coord.): *La "segunda" transición en el Uruguay*, Instituto de Ciencia Política - Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo.
- Frugoni, Emilio (1947): *Genesis, esencia y fundamentos del Socialismo*, Editorial Amérialce, Buenos Aires.
- Garcé, Adolfo (2000^a): "Las ideologías de los partidos en el gobierno de la economía", en *Nueva Sociedad*, N° 170.

- Garcé, Adolfo (2000b): “Tres fases en la relación entre intelectuales y poder político en Uruguay (1830-1989)”, en De Armas Gustavo y Adolfo Garcé (coord.): *Técnicos y política. Saber y Poder: encuentros y desencuentros en el Uruguay contemporáneo*, Ediciones Trilce, Montevideo.
- Geddes, Barbara (1991): “A Game Theoretic Model of Reform in Latin American Democracies”, en *American Political Science Review*, Vol. 85, N° 2.
- Giddens, Anthony (1999): *La tercera vía*, Taurus, Madrid.
- Gómez, Eugenio (1961): *Historia del Partido Comunista del Uruguay (hasta 1951)*, Editorial Elite, Montevideo.
- González, Luis Eduardo (1993): *Estructuras políticas y democracia en Uruguay*, Instituto de Ciencia Política – Fundación de Cultura Universitaria (FCU), Montevideo.
- Hall, Peter (ed) (1989): *The Political Power of Economic Ideas. Keynesianism Across Nations*, Princeton University Press, Princeton.
- Hall, Peter (1986) *Governing the Economy. The Politics of State Intervention in Britain and France*, Oxford University Press, Oxford.
- Hall, Peter (1993): “Policy Paradigms, Social Learning and the State. The Case of Economic Policymaking in Britain”, en *Comparative Politics*, N° 25.
- Jacalle, Luis Alberto (1989): *Herrera. Un nacionalismo oriental*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.
- Lanzaro, Jorge (2000): “El Frente Amplio: un partido de coalición entre la lógica de oposición y la lógica de gobierno”, en *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, No 12
- Lanzaro, Jorge (coord) (2000): *La “segunda” transición en el Uruguay*, Instituto de Ciencia Política – Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo.
- López, Fernando (1988): “Anarquistas y socialistas (1838-1910)”, en *Historia de la izquierda uruguaya*, tomo 1, Ediciones del Nuevo Mundo, Montevideo.
- López, Fernando (1990): “La izquierda bajo el batllismo (1911-1918)”, en *Historia de la izquierda uruguaya*, tomo 2, Ediciones del Nuevo Mundo, Montevideo.
- López, Fernando (1992): “La fundación del Partido Comunista y la división del anarquismo (1919-1923)”, en *Historia de la izquierda uruguaya*, tomo 3, Vintén Editor, Montevideo.
- Mallo, Susana y Constanza Moreira (comps.) (2000): *La larga espera: el itinerario de las izquierdas en Argentina, Brasil y Uruguay*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.
- Martínez, Martín C. (1964): “Ante la nueva Constitución”, en *Clásicos Uruguayos*, N° 48, Biblioteca Artigas, Montevideo.

- Nahum, Benjamin (1975): "La época batllista (1905-1929)", en *Historia uruguaya*, tomo 6, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.
- Oliú, Fernando, Héctor Lorenzo Ríos y Ricardo Rocha Imaz (1987): *Los nacionalistas y la cuestión social*, Secretaría de Asuntos Sociales del Partido Nacional – Ediciones de la Banda Oriental.
- Panizza, Francisco (1990): *Uruguay, batllismo y después. Pacheco, militares y tupamaros en la crisis del Uruguay batllista*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.
- Pareja, Carlos (1989): "Polifonía y Jacobinismo en la Política Uruguaya", en *Cuadernos del CLAEH*, Nos. 49 y 51.
- Pereira, Gonzalo (1988): *El viraje de la 15*, Editorial Gandhi, Montevideo.
- Pérez, Romeo (1987): *Los cristianos y la política en el Uruguay*, Ediciones del Nuevo Mundo, Montevideo.
- Pérez, Romeo (1984): "Los partidos en el Uruguay moderno", en *Cuadernos del CLAEH*, N° 31.
- Pivel Devoto, Juan (1956): *Historia de los partidos y las ideas políticas en Uruguay*, tomo II (1829-1838), Editorial Medina, Montevideo.
- Real de Azúa, Carlos (1969): *Herrera: el nacionalismo agrario*, Editores reunidos – Arca, Montevideo.
- Reyes Abadie, Washington (1989): *Historia del Partido Nacional*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.
- Rilla, José (1992): *La mala cara del reformismo*, Arca, Montevideo.
- Sartori, Giovanni (1987): *Partidos y sistemas de partidos*, Alianza Universidad, Madrid.
- Skocpol, Theda (1989) "El Estado regresa al primer plano. Estrategias de análisis en la investigación actual", en *Zona Abierta*, N° 50.
- Strom, Kaare (1990): "A Behavioral Theory of Competitive Political Process", en *American Journal of Political Science*, N° 34.
- Terra, Juan Pablo (1985): *Mística, desarrollo y revolución*, Ediciones Librosur, Montevideo.
- Trías, Viviani (1965): *Por un socialismo nacional*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.